

PEDRO LUIS BARCIA

ORTEGA
Y
SU LECTURA DE LA PAMPA


FUNDACIÓN CAROLINA
CENTRO DE ESTUDIOS HISPANICOS E IBEROAMERICANOS


Fundación José
Ortega y Gasset
Argentina

BUENOS AIRES
2004

Ortega y su lectura de la Pampa Adhesiones y rechazos

Pedro Luis Barcia

"He sido un argentino imaginario",
Conferencia, 1916.

La Argentina es el país de Hispanoamérica, quizá junto a México, que mayor número de ensayos de indagación nacional ha generado. Nuestros ensayistas, desde Echeverría, Alberdi y Sarmiento hasta nuestros contemporáneos, José Luis Romero o Víctor Massuh, le han destinado amplísima cantidad de páginas que procuran delinear nuestro perfil espiritual, represar nuestra identidad en una mirada de conjunto, apuntar la variedad de rasgos supuestamente distintivos de nuestra realidad esencial como argentinos.

Cabe preguntarse en qué se genera tal abundancia de sondeos identitarios. Las respuestas pueden ser varias y antagónicas. Si uno de nuestros rasgos espirituales es el narcisismo —rasgo del que varios intérpretes descreen—, se explica que abundemos en regodeos egotistas haciendo de nuestra naturaleza argentina el objeto y eje de nuestras lucubraciones y reflexiones. Los argentinos padecemos algo de onfalocentrismo, para decirlo con un falso grecismo. Somos, para nosotros mismos, un tema estimable de atractiva y demorada consideración.

Una segunda explicación tentativa de esta abundancia ensayística sería nuestra esencial inseguridad, que se vincularía, en parte, con aquella actitud "inmigratoria" de la que nos habla Julio Mafud. Es posible que esta inseguridad provenga del desconocimiento de nosotros mismos y esta condición genere cateos y exploraciones de nuestra piel y de nuestra médula en procura de alcanzar una definición de lo argentino.

Una tercera posibilidad sería nuestra necesidad de consolidación. Sabemos que la identidad cultural no es un producto dado, no es un *ergon* sino una *enérgeia*, para aplicar a esta materia el distingo de Humboldt respecto del lenguaje. En gran medida una identidad es un constructo que se elabora, en la mayor parte de los casos, sobre materia preexistente y tradicional: que no se inventa, salvo algunas excepciones, *ex nihilo*. Queremos, necesitamos afirmarnos en nuestras propias piernas, pero, al tiempo, conocemos nuestras muchas deudas con legados culturales diversos. Nos sentimos, por momentos, más europeos que hispanoamericanos y nuestros hermanos de este ámbito nos suelen percibir así. El estuario más ancho del mundo ha sido el cauce abierto, ofrecido, para los aportes de la Vieja Europa. Sentimos, quizá, que tenemos una cultura, en gran proporción, de trasplante más que de cultivo, y por momentos percibimos que muchos de nuestros logros culturales son bonsáis respecto de los árboles europeos. Y entonces nos aplicamos a laborar nuestra etopeya, en pos de una consolidación de nuestra identidad.

Ahora bien, si el narcisismo nos hace soberbios y envalentonados, los otros dos rasgos apuntados nos hacen inestables, inseguros, y, como mecanismo de defensa, también envalentonados, agresivos e irónicos. Nos transformamos en "hombres a la defensiva". De particular manera cuando las opiniones de los viajeros extranjeros no nos gratifican, no nos consolidan en virtudes sino que nos señalan deficiencias y carencias. Que uno de nuestro ámbito nos subraye defectos, podríamos asimilarlo, pero que los foráneos nos pongan en evidencia, eso es harina de otro costal. Al desnudar nuestra condición de "identidad en proceso", nos generan reacciones con distintos grados de iracundia contra quienes se atreven a sindicarnos con un dedo delatador, si no acusativo.

Pero debe advertirse que —sea por narcisismo, por inseguridad o por búsqueda de identidad— no bien un viajero destacado pisaba ayer el puerto de Buenos Aires u hoy aterriza en Ezeiza, ya están quienes le preguntan qué piensa de nosotros, a la espera de la ponderación positiva. Frente a esta pregunta, difícilmente el entrevistado declare que no nos conoce y que no ha dado un paso en nuestro suelo. Eso lo pudo hacer alguien como Santiago Rusiñol en 1910, pero es una *rara avis*. Lo frecuente es que el visitante haga declaraciones lo suficientemente vagas como para que puedan aplicarse a media América, o me-

dio mundo. Los más avisados —y es el caso de Ortega—, que han leído a nuestros ensayistas del XIX y principios del XX, repiten con variaciones, enriquecidas por lo propio, las observaciones de nuestra propia tropa intelectual. Y las opiniones nos saben a originales porque padecemos un firme desconocimiento de nuestros propios pensadores. Dígámoslo ya: casi todos los rasgos detectados por los extranjeros en nuestra índole ya estaban anticipados por los ensayistas argentinos. Ortega, en algún sitio lo comenta, aprendió de su padre, don José Ortega y Munilla, esta lectura, anticipada a la visita, de los escritores que han descrito los vicios y virtudes de su propio país.¹

Ortega escribió sobre la Argentina en los tres viajes que hizo a ella, amplia o escuetamente. Sus conceptos han perdurado en el tiempo y en la memoria de nuestros compatriotas. No pasa año en que no aparezca una mención a sus apuntamientos, una glosa, un comentario, un retraer en el siglo XXI lo que apuntara en el primer tercio del siglo XX. Va para secular la pervivencia de sus conceptos. No está mal. Más aún, es señalable que algunas expresiones suyas se han amonedado como corrientes y han llegado a ser lugares comunes, aun en el habla hasta de los ministros, que es mucho decir. Hoy cualquiera recuerda, a la hora de iniciar un proyecto, aquello de: "¡Argentinos, a las cosas!", como supo decir motivadora y ajustadamente para nuestra índole. Diríamos que pitagorizó, en tanto la frase que escribió en Sumota el presocrático la troqueló pensando, sin conocernos, en los argentinos: "Haz lo que haces". La frase mentada y tan meneada, ya hecha un cliché recurrente, la pronunció en una conferencia titulada "Meditación del pueblo joven", dictada en La Plata, en 1939. Es significativo que sintiera la necesidad de ponerla en tono exclamativo, motivador, incitante, acuciante, y repetirla, como si supiera la necesidad de reiteración docente que necesitamos los nativos:

"¡Argentinos, a las cosas, a las cosas! Déjense de cuestiones previas personales, de suspicacias, de narcisismos. No presumen ustedes el brinco magnífico que dará este país el día que sus hombres se resuelvan de una vez, bravamente, a abrirse el pecho a las cosas, a ocuparse y preocuparse de ellas directamente y sin más, en vez de vivir a

¹ Quesada, Ernesto. "José Ortega y Munilla. Su personalidad literaria", separata de la revista *Nosotros*, Buenos Aires, t. XX, a. IX, n° 89, 1916, pp. 3-9.

la defensiva, de tener trabadas y paralizadas sus potencias espirituales, que son egregias, su curiosidad, su perspicacia, su claridad mental secuestradas por los complejos de lo personal" (p.91).²

La prehistoria de las reacciones

Las opiniones de Ortega sobre nuestro país no comenzaron con los llamados "ensayos argentinos", de 1929. Ya, con la experiencia de su primer viaje, el español adelantó algunas observaciones más bien aisladas. Lo hizo en el texto que se ha denominado "Impresiones de un viajero", pero cuyo título inicial fue el genérico de "Conferencia", pronunciado en 1916 y publicado en 1918.³ Se trata de una exposición llena de postergaciones y enunciados de lo que dirá, pero con pocas concreciones apreciativas:

"Verdad es que yo me he encontrado con que el alma argentina me parece hoy precisamente lo contrario de lo que yo había oído y leído sobre ella" (p.4) "Me he encontrado con un pueblo lleno de afanes, libre de envidias, que sintiendo rebosar dentro su optimismo, está presto a verterlo, liberal, sobre el transeúnte a poco pretexto que le dé. Yo no creo que exista en parte alguna un público de sensibilidad más pronta y limpia de prejuicios, de mayor perspicacia que el que encontrará en la Argentina todo el que venga con un poco de pureza y con otro poco de arte en su corazón. No es esta alabanza mía convencional y reflexiva, porque al punto añadido que es un problema para mí explicarme el desequi-

² Ortega y Gasset, José. "Meditación del pueblo joven", en *Meditación del pueblo joven*, Madrid, Revista de Occidente, 1962, pp. 89-117. Se trata del texto de una conferencia dictada en La Plata, en 1939.

³ "Conferencia", pronunciada el 6 de diciembre de 1916, en el Instituto Popular de Conferencias, de Buenos Aires, y publicado en la revista *Hebe*. Revista mensual de Literatura y Arte. Directores: Ernesto Morales y D. Novillo Quiroga, Buenos Aires, n° 1, 1918, pp. 311-320. La nota, al final del texto, dice: "José Ortega y Gasset es uno de los pensadores prez de la España nueva: amplia, culta y libre; árbol nudoso y vetusto que hunde en la tierra sus raigones tradicionales pero que alza al azul la esperanza de sus hojas verdes (...) Filósofo y artista, une a la hondura del pensar la galanura de la frase: tiene el divino don del buen decir".

La "Conferencia" lleva el título de "Impresiones de un viajero", en *Meditación del pueblo joven*, Madrid, Revista de Occidente, 1962, pp.1-18; cito por esta edición.

librio que existe entre esa sensibilidad difusa y anónima, pero exquisita, y la producción ideológica y artística de este pueblo, que es más reducida y menos densa de lo que tiene ya obligación de ser" (p. 7).

Con esta frase final, adelanta una aproximación crítica por la diferencia existente entre las dotes espirituales del argentino y la escasez de sus logros culturales. Sobre esta cuestión de desajuste entre posibilidades y logros en los argentinos, particularmente en lo filosófico, se escucharon algunas respuestas desde nuestros intelectuales. En más de una ocasión en que pensadores argentinos se refirieron a Ortega, particularmente a la hora de presentarlo en conferencias, el ostiario de turno aludió a ello. Pero esto es tema para otro trabajo. En los autores que aquí comento, Giusti y Gálvez se refieren a ello.

Y aunque declara que no se aventurará en el campo de las psicologías nacionales, avanza otro pie en ello:

"No creo yo conocer, señores, vuestra alma colectiva, ni temáis que cometa el desliz de hacer con mis pocos datos, en breves minutos, un ensayo de psicología argentina. Voy sencillamente a expresar dos o tres simples observaciones, las cuales ni siquiera necesitan ser exactas para que de algún modo puedan seros útiles" (p.7).

Es este el anticipo de aquello de que "la verdad del extranjero es su error"; aquí está larvada su reflexión que hará explícita en los trabajos posteriores.

"Pero yo quiero advertir en el pueblo criollo, junto a este poder atractivo, uno de los más raros de la Historia, que sólo han ejercido los pueblos próceres. El talento de absorber hombres de toda oriundez, raza, religión, en la unidad de un Estado. Porque frente a la idea de nación, que supone centenaria comunidad biológica, significa la idea del Estado un poder imperativo de hacer mantenerse en laboriosa convivencia grupos humanos de sangres diversas y aun antagónicas. Tiene el pueblo criollo el talento de Estado; una potencia específica que acaso no es de orden intelectual" (p.9).

Es la primera vez que aparece en escritos referidos a nuestro país este concepto que reiterará en los "ensayos argentinos", y que será ob-

jeto de convalidación por casi todos, de ayer y de hoy, y de rechazo por alguno (Coni). La tercera de las anticipaciones se refiere a la *libido accopiandi* que nos aqueja en este país "factoría" y cuya enunciación se cifra en este pasaje:

"La desproporción enorme que existe entre la preocupación económica de vuestra sociedad y el resto de sus actividades. Estas jóvenes naciones, nacidas como colonias de pueblos viejos, tardan más de lo que a primera vista parece en superar la trayectoria que les fue impuesta en su origen. (...) De aquí un como exclusivismo de la función económica, fomentado por los raudales periódicos del aluvión inmigratorio, nutridos con sedientos de riqueza. (...) Mas un pueblo que ve claro delante y quiere con decisión su porvenir, como el argentino, sabe muy bien lo que ha de hacer para corregir ese defecto original. Y eso que ha de hacer no podrá consistir en otra cosa que en dedicar tanta mayor energía al cultivo superior de las actividades sobreeconómicas cuanto mayor es su desproporción frente a las utilitarias" (p. 11).

Un cuarto señalamiento o carencia argentina se refiere a nuestra Universidad:

"Tendrá la Universidad argentina que corregir cierta tendencia practicista, que si ha dominado como un tópico el mundo durante algunos decenios, va hoy en derrota dondequiera" (p. 13).

El quinto defecto es del argentino como un hombre "satisfecho". "No espero nada del hombre satisfecho, que no siente la falta de algo más allá de él (...) La historia humana es obra del descontento, que es una especie de amor sin amado" (p.16). En cambio, la mujer argentina se rescata de esta limitación: "La mujer argentina va concretando su descontento" (...) Si un artista argentino acertase a dibujar el perfil del noble descontento que hay en la mujer de este país, ese sería el perfil de vuestra cultura. Sus anhelos y sus nostalgias son como un molde en vacío que un día llenaréis con un relieve que será el arte y la idea de la moral argentinas" (p.17).

Y una como promesa de retomar el tema de lo que puede ser el germen de la "Meditación de la criolla": "Y no respondo de que alguna vez

en mis escritos no haga aparecer al lado de la melancólica mujer criolla, paseando acaso por Palermo, los dos maestros españoles del descontento: Alonso Quijano, el bueno, viejo noble y lunático, y para que no os fatigue su largo rostro de asceta, junto a él a nuestro don Juan, siempre joven, siempre animoso y siempre dolorido" (pp.17-18).⁴

Y así como sus conceptos de 1929 estuvieron precursados por esta conferencia, también hubo una prehistoria de reacciones contra las primeras afirmaciones de Ortega sobre nosotros. Sólo me ocuparé de una respuesta, extensa y minuciosa. Me refiero a la de Joaquín Castellanos, que tituló "Esbozo de una réplica. Con motivos de conceptos emitidos por el señor Ortega y Gasset en su última conferencia sobre la vida argentina".⁵ Voy a ser generoso en las transcripciones porque es un trabajo casi desconocido.

Comienza reconociendo los varios méritos del expositor:

"Entre los plenipotenciarios de la cultura europea que más interés y simpatías han suscitado en nuestro país, hacia su persona y hacia su mentalidad, se destaca, en primera línea, el pensador español, señor Ortega y Gasset, que acaba de ausentarse dejando en nuestro ambiente intelectual una vibrante ondulación de ideas, que sólo al fin interrumpió su acompasado ritmo al chocar con la tierra firme de una realidad que le era desconocida" (p.370).

"Hombre de inteligencia sutil y penetrante, en alguna de sus conferencias la hizo constar indirectamente anotando, con no sé qué dejo de pesimismo y melancolía de buen tono, la impresión de distancias

⁴ En rigor, poco es lo que concluye, entre tanta promesa y digresión en el tratamiento del tema, en el medio centenar de páginas que destina en sus disertaciones radiales porteñas, sobre la mujer argentina, o la criolla en general, que tituló "Meditación de la criolla", y de la cual señala cinco notas: vehemencia, espontaneidad, gracia, mollicie y talento para entender a los hombres. En *Meditación del pueblo joven*, ob.cit., pp.123-158.

⁵ Publicado en *Nosotros*, Buenos Aires, a.11, v. 25, n° 95, marzo de 1917, pp. 327-339; recogido, con el título de "Réplica a las observaciones, juicios y consejos del señor Ortega y Gasset sobre la vida argentina", en: Castellanos, Joaquín. *Acción y pensamiento. Al margen de la historia. Labor parlamentaria. Más allá de la literatura*, Buenos Aires, J.A. Pellerano, 1917, pp. 370-414. Cito por el libro. El autor es salteño, es decir del NO del país, vivió entre 1861 y 1932. Fue abogado, político, periodista, profesor universitario, conferencista; autor de un poema que se hizo popular: "El temulento" o "El borracho", según las versiones, y de un par de tomos de ensayos.

morales inaccesibles que sentía entre su *interioridad* y la nuestra, no obstante la gentil disposición benévola de su espíritu hacia nuestro país y la simpatía calurosa con que fue acogido en nuestros centros intelectuales y sociales.

“Con la admiración y el respeto que personalmente nos inspiraba por su ciencia y su talento, al mismo tiempo por la efusión afectuosa que surge espontánea en nosotros hacia todos los que a justo título representan la madre patria, nos dimos a él; pero él no se dio a nosotros. (...) Desde un principio, en su comunicación espiritual con nuestro público, adoptó una actitud de independiente y altiva dignidad, omitiendo deliberadamente la lisonja estudiada y el juicio previo que pudiera interpretarse como convencional y sincero” (p.371).

Aquí parece esbozarse ese “distanciamiento” que señalarán trece años después otros, como Giusti y Gálvez, y que parecería haber generado, a su vez, la actitud reservada de los argentinos que se le acercaban y que él juzgó a la defensiva.

Castellanos agradece “el beneficio considerable que nos ha hecho suscitando la atención y el interés de la juventud argentina y de los elementos pensantes, sobre materias ideológicas que aquí no tienen especialistas que las cultiven” (p. 372). “Por la atracción de su palabra y bajo su responsabilidad científica, ese público ha filosofado en la medida de lo posible y más allá de lo sospechable” (p.373).

Pero hay un par de puntos objetables en las reflexiones orteguianas, según el salteño: una referida a la mujer y otra a la Universidad. Respecto a ellas, apunta:

“Hay, sin embargo, una opinión del señor Ortega y Gasset que no podemos agradecer los argentinos; es la que emite sobre las argentinas, a las que, después de rendirles los homenajes más galantes, les atribuye un estado moral de tristeza y descontento, por el cual las aplaude” (p.373). Descarta Castellanos que la intención de Ortega haya sido ultrajar a los caballeros argentinos señalándoles desatención para con las damas o su ineptitud para crearles un ambiente acorde con sus sentimientos y aspiraciones que evite la generación del dicho descontento. Juzga la estimación del filósofo hija no de la malicia, sino de la ingenuidad que “es frecuente en los intelectuales de gabinete, que

no conocen la psicología de la mujer. En todos los tiempos, en todas las razas y especialmente en los centros de más refinamiento espiritual, la mujer vive siempre nostálgica ‘de la patria ideal’, como decían los románticos, o del ‘país del ensueño’, como dicen ahora los poetas decadentes. Esa modalidad, que forma parte del ‘eterno femenino’, se observa mucho más acentuada en la mujer europea de las clases superiores que en la americana” (p. 374). La observación acertada, en su verdad, de Ortega no se agotaría en la mujer argentina, sino que sería propia de la mujer moderna en general.

Castellanos no considera la sugestiva oposición que plantea Ortega respecto de los argentinos “satisfechos” y las argentinas “descontentas”, y la implicación de confrontación entre estatismo y dinámica que ella propone en relación con los cambios del país.

El segundo “lunar” orteguiano marcado por el ensayista salteño es respecto de la Universidad: “al despedirse de nosotros nos ha dejado su receta para mejorarnos. Nos receta Universidades” (p. 380). En efecto, en el seno de su conferencia citada, señala esta vía de renovación imprescindible. Castellanos en la elección del vocablo “receta” juega su desapego a la idea. La fundamentación de su rechazo del juicio del filósofo es extensísima. “No necesitamos más Universidades, sino transformar más bien las existentes, en institutos de tipo nuevo, adecuados a nuestra vida nueva, de pueblo nuevo, en este mundo nuevo, que está elaborando una civilización nueva” (p.382). Y, luego de esta afirmación, se expone en sus razones. En primer lugar, se pregunta en qué país la vida universitaria se ha desarrollado con más vitalidad. Se responde Alemania, de donde, precisamente, venía Ortega de pasar varios años de estudio universitario. Pero señala con verdad:

“Alemania es la que ha motivado la gran crisis actual de la civilización. En Alemania ha fracasado el derecho internacional moderno (...) En Alemania ha fracasado el cristianismo, como factor de solidaridad humana, y sólo sirve para las extravagantes invocaciones que hacen el káiser y sus generales y ministros a Dios, como protector y aliado de un nuevo pueblo elegido (...) En Alemania ha fracasado la ciencia como factor de bienestar humano para convertirse en productora de agentes de destrucción y de ruina. En Alemania ha fracasado la filosofía, como síntesis y conocimientos y estados psicológicos universales, para nacionalizarse en los dogmatismos de una doctrina de poderío cesáreo” (p.385).

Las razones enunciadas, a la luz de los hechos históricos de Europa en 1917, son indiscutibles. Es cierto que la insistencia de ciertos modelos de Universidad, exitosos en el Viejo Mundo, no aparecían entre nosotros como aprovechablemente imitables. De allí la forma iterativa de Castellanos en el adjetivo "nuevo" en su réplica.

Pasa a la realidad española, para venir a lo más familiar, y halla que en la Península abundan buenas universidades, pero "España no ha podido aún resolver problemas fundamentales, de cuya resolución depende el resurgimiento de esa admirable nacionalidad" (p. 387). Luego, la recuperación no se genera en la Universidad.

Luego, aborda un tema peliagudo: la índole de los universitarios y su verdadera contribución a una nación. Se apoya en el caso de dos españoles: Unamuno y el mismo Ortega. Ambos -Unamuno de manera más categórica- abundan en descalificaciones de los políticos y de la política. Castellanos estima que, en rigor, esto descalifica a los filósofos e intelectuales, por el hecho de sacarle el cuerpo a la realidad concreta de su país, de civismo práctico. "Y uno de los defectos dominantes en las Universidades europeas y en las americanas, prolongación de aquellas, es el de crear y fomentar entre una gran parte de los que en ellas se educan, una disposición que oscila entre dos extremos igualmente funestos: de una parte, el culto exagerado a la fuerza fisiológica y psicológica, y de otra parte, el renunciamiento de las labores activas" (p.389).

Castellanos era, por entonces, un hombre de intensa vida política comprometida, incluso en acciones militares partidarias. De allí la defensa de la actividad pública. Recuerda que el mundo de los filósofos no constituye, por cierto, un universo de ángeles en armonía. Y pronuncia su advertencia censoria:

"No, señores contemplativos; no tenéis el derecho de quejaros, mientras no hayáis realizado un vigoroso y perseverante esfuerzo, para prevenir y extirpar los males de que hacéis la descripción y el diagnóstico, pero no sabéis ni ayudáis a curar ni por la terapéutica ni por la cirugía" (p.390).

Viniendo más a lo de casa y a la historia argentina, le recuerda a Ortega el caso noble del general Manuel Belgrano y de su índole espiritual elevada, condensada en aquella frase que hizo colocar en el título de la fosa común, en la que yacían los dos bandos de argentinos:

"Aquí yacen vencedores y vencidos". La ejemplificación de Castellanos parece leer en el futuro de España y de sus cenotafios.

Frente al señalamiento orteguiano de nuestra escasa atención a lo cultural, el crítico apunta algunos datos reveladores que estima son destacables: el promedio del analfabetismo argentino es, entonces, del 19 %, muy inferior al de muchas repúblicas europeas; las librerías de Buenos Aires son las más activas de Hispanoamérica; nuestros teatros reciben en su seno las novedades de toda Europa. No crea el viajero que somos tan positivistas y comerciantes como nos pintan quienes han alternado con Ortega en nuestra tierra: "algunos de los quejosos que aquí, como en todas partes, atribúyense una superioridad injustamente desconocida, se exhiben en pose de atenienses desterrados en Cartago" (p.406).

En torno a estos dos ejes, mujer y Universidad, gira lo central de la "Réplica" de Castellanos. Quiero, porque es una imagen simpática que le hubiera sido cara a Ortega, rescatar una lectura personal y distinta que el político salteño hace del "texto" de la Pampa:

"El rasgo geográfico de nuestra Pampa es un símbolo de nuestra existencia colectiva; en ella, como en nuestro territorio, domina el llano: somos democracia auténtica en el orden político, porque somos democracia en lo espiritual" (p. 407).

Los ensayos argentinos de Ortega

Los "ensayos argentinos" de Ortega, "La Pampa...promesas" y "El hombre a la defensiva",⁶ desataron un abundante caudal de reacciones periodísticas, de todo calibre y calidad. Es imposible ocuparse de todos los artículos y sueltos, comentarios y alusiones que se cruzaron en la prensa, particularmente entre fines de 1929 y mediados de 1931.⁷ En

⁶ Los ensayos fueron recogidos en *El Espectador* VII, Madrid, 1929, Sección "Intimidades".

⁷ De los coetáneos a Ortega, podrían retomarse trabajos como: Rojas Paz, Pablo. "El enigma de lo argentino", en *El Hogar*, Buenos Aires, 10 de enero de 1930; o Spangerberg, Tina. "Ortega y los argentinos", en *La Razón*, Buenos Aires, 29 de agosto de 1930; A

rigor, desde un interés intelectual serio, hay mucha hojarasca que no merece atención. Sí, en cambio, son atendibles y rescatables las observaciones y apuntes de gente calificada, con una trayectoria intelectual reconocida por entonces. Hubo de todo en nuestra botica de replicantes. Los adherentes entusiastas, los que calibraron correcciones parciales, y agradecieron el esfuerzo del pensador, y los que plantearon rechazos hispídos, según se verá. Ortega pasó a ser un expuesto, un expósito, un eccehomo frente a la opinión pública argentina: el centro hacia el que apuntaron todas las flechas

Partamos de una idea fundamental, que pareciera una obviedad: Ortega tiene simpatía y afecto por la Argentina y por su pueblo. Sobreabundan sus expresiones de gratitud para con nuestro país, en el que deseaba, incluso, instalarse para vivir. No busquemos en él posiciones esquinadas o reservas mentales, malas intenciones o esquivices. No caigamos en el error de estimativa frecuente en muchos de nuestros intelectuales que transmiten desde la cátedra universitaria a sus alumnos, lamentablemente, de considerar que aquel que no piensa como nosotros es un enemigo potencial, más aún, es hombre de torcidas intenciones y un "desestabilizador", como bautizaba políticamente un reciente presidente argentino, para descalificar a todo aquel que no pensaba como él. Sabedor de esta tendencia intelectual nacional, es que Ortega se siente motivado para aclarar las cosas y escribe: "Por qué escribí 'El hombre a la defensiva'", donde asienta, liminarmente esto: "Debo una parte substancial de mi vida a la Argentina (...) Desde hace catorce años, escritor español desconocido, entré por la boca bicorne del puerto bonaerense". Y si no bastara el repaso de las páginas de su primer viaje, en 1916, cabría aceptar la palabra de un testigo, insospechable por arbitrario: "El Conde de Keyserkling hacía constar que el único europeo que hablaba con fervor de la Argentina en Europa era yo" (...) "Yo debo completamente en serio y he de pagar no menos en

vuelitas con la actualidad: "El hombre a la defensiva", en *Criterio*, Buenos Aires, t.X, n° 119, 12 de junio de 1930, p. 768. De los distantes en el tiempo, cabría recordar: Etcheopar, Máximo. "Ortega, nuestro amigo", en *Historia de una afición a leer. Ortega, nuestro amigo*, Buenos Aires, Eudeba, 1969, pp. 61-91.

En nuestros días se siguen retomando los conceptos orteguianos, con aplicación a realidades contemporáneas nacionales, p.e. v. Grondona, Mariano. "Los argentinos según Ortega", en *La Nación*, Buenos Aires, dom. 3 de diciembre de 1995, p. 1.

serio. Ya he empezado. Las páginas irritantes del séptimo *Espectador* son las primeras monedas".⁸

Es grande el caudal de escritos que generó la dupla de ensayos orteguianos en nuestro país. No puedo ocuparme de todos, sin extravío y dispersión. Hay de todo, decía: trabajos medulares, páginas endebles, mera loa, encendida molestia, etc. Adopto frente a este conjunto los siguientes criterios: 1) Sólo me ocuparé de trabajos firmados, pues los sueltos anónimos en publicaciones periódicas de toda índole, abundan. 2) De los firmados, solo aplicaré aquí aquellos rubricados por intelectuales de valía. 3) Los consideraré cronológicamente para que pueda apreciarse mejor la precedencia, continuidad, reiteraciones de las estimaciones. 4) Seré generoso en las transcripciones de pasajes, para hacer espacio justo a la voz de los críticos y no resúmenes, siempre sospechosos de simplificaciones; así se allega al lector lo que difícilmente alcanzaría, y ello con mucho esfuerzo de colecta, en fuentes diversas. 5) Sólo atenderé a los escritos coetáneos, que suponen una respuesta inmediata a los conceptos de Ortega. No me ocuparé acá —lo hago en otro sitio— de las elucubraciones posteriores, algunas en tres décadas, que miran aquella polémica, con la perspectiva temporal benéfica, en parte, y deformante en otros aspectos, pues no se atienden ni consideran la temperatura y el contexto circunstancial de la hora de la recepción. Andados los años, se escribieron entre nosotros algunos

⁸ "Por qué he escrito 'El hombre a la defensiva'", en *Meditación del pueblo joven*, Madrid, Revista de Occidente, 1962, pp. 45-53; lo cit. p. 48. Inicialmente, publicado en *La Nación*, Buenos Aires, 13 de abril de 1930, Revista semanal, a. I, n° 41, p.2, y luego en *El Espectador*, t. VII.

La opinión del "viejo Korn", que Ortega cita, merece cierta atención: "En una comida que la revista *Nosotros* organizó en mi obsequio durante mi última permanencia en Buenos Aires, tomó la palabra el Dr. Alejandro Korn y dijo que en algún capítulo de la historia argentina habría, tal vez, que citar mi nombre. Sus palabras fueron, en rigor, mucho más taxativas, pero yo las traduzco al modo dubitativo y condicional con el fin de no complicar en mis peligrosas andanzas a un hombre a quien quiero, estimo y respeto tanto como a Korn", p.47. En ninguno de los trabajos que Korn publicó en *Valoraciones*, antes y durante su dirección, figura el nombre de Ortega. Jamás lo menciona. Tampoco lo hacen otros argentinos que escriben en esta revista o en *Sagitario* sobre cuestiones filosóficas. El pensador español más citado entre nosotros hasta, aproximadamente, 1925 fue Eugenio D'Ors, *Xenius*, como habitualmente lo mentan. Su *Antología filosófica* fue muy leída en el país. Ortega comienza a aparecer en reseñas bibliográficas. Luego se hará sitio en artículos que discuten sus ensayos y libros, sobre la novela y la deshumanización del arte, p.e.

buenos balances pero también falsas síntesis con apreciaciones adoquinadas en las que ya influyen los lugares comunes instalados en el imaginario cultural, que revelan, incluso, poca relectura de los artículos de Ortega.

Todos los trabajos que aquí comento –con excepción del de Martínez Estrada– vieron la luz en publicaciones periódicas desde fines de 1929 y durante el primer semestre de 1930. Casi todos ellos se generan en la lectura del tomo VII de *El Espectador*, que contenía las dos piezas en cuestión, y no en el contacto de los artículos en su fuente periodística original.

Victoria Ocampo

Una de las primeras figuras del Plata en referirse a las opiniones de Ortega fue su amiga Victoria Ocampo. En diciembre de 1929, el mismo año de la publicación de los dos “ensayos argentinos”, escribió unas páginas que tituló “Quiromancia de la pampa”,⁹ lindo nombre que nos propone la imagen de la palma abierta de la latitud pampeana ofrecida al quirólogo que la interroga para leer en ella la índole y el destino de la realidad. Es observable como la misma imagen de la quiromancia resurge en un ensayo de Martínez Estrada, posterior en dos años al de Victoria, lo que parece sugerir la idea de que don Ezequiel había leído las páginas de su amiga.

Rescato una primera anotación interesante y personal de la autora. Comenta la respuesta que le dio una cantante francesa, de paso por la Argentina, cuando Victoria habló de la belleza de la pampa: “*Pas possible! La Pampa, quoi!, c'est une plaine!*”. Y promete ir a verla. Victoria, para sus adentros, comenta: “La mirarás, pero no la verás”. La frase es una advertencia tácita para quienes se enfrentan con la platinidad verde. Enfrentar la pampa es de por sí una faena difícil. Lo dice, con otra intención, Ricardo Güiraldes: “La pampa es un callejón sin salida para el flojo”. De parecida manera, la pampa es una realidad no fá-

⁹ En *Testimonios*, Madrid, Revista de Occidente, 1935, pp. 143-155; el trabajo data de 1929. Se trata del primer volumen de la serie de ensayos con el mismo nombre.

cilmente perceptible en su esencia de paisaje para el visor. Por eso, Victoria comenta: “Sí, la Pampa es llanura, pero es también algo más. Lo difícil es encontrar el medio de inculcar la idea en la cabeza de aquellos que no saben cómo la dimensión cambia, a veces, hasta el significado” (p.147). Estas ideas de la autora son refrescadas en su espíritu cuando lee el tomo séptimo de *El Espectador*, contenedor de las dos urticantes piezas: “Los ensayos titulados ‘La Pampa...promesas’ y ‘El hombre a la defensiva’ disgustan, por lo que oigo, a muchos de mis compatriotas. Me cuesta comprender por qué. Yo digo: ¡Bravo! Y ojalá continúe Ortega estudiándonos” (p. 150).

Victoria coincide en los señalamientos de su amigo: “Conozco también esa indiferencia a los primeros planos del paisaje pampeano, esa docilidad a dejarse tragar por el horizonte. Indiferencia y docilidad simbólicas” (p.151). Pero aporta referencias nuevas:

“Parecen escritas para nosotros las palabras de Montaigne: *Nous ne sommes jamais chez nous, toujours au dela, dans la crainte, l'espérance ou le souvenir*. Pero, aunque la Pampa no estuviese ahí, extenuándose en gestos promisorios, ¿sería posible vivir de otro modo este momento de nuestra historia? ¿Sería posible soportar las trémulas y desgarradas torpezas de la edad ingrata sin esta nuestra mirada fija en el porvenir de nuestro cuerpo?” (p.151).

Es un hallazgo la consonancia con la frase del padre del ensayo francés. Pero, además, “relativiza” y atenúa la condena orteguiana del hombre argentino pendiente del horizonte, imagen del porvenir, al contextualizar históricamente dicha actitud (“en este momento de nuestra historia”). Es curioso que la circunstancia historial estuviera ausente en la reflexión de Ortega, cuando es clave de su pensamiento filosófico. Eso en un primer nivel. Pero hay uno segundo, que no alude a lo general de los tiempos que se viven sino del tiempo de cada uno: la edad de la persona humana (“las trémulas y desgarradas torpezas de la edad ingrata”) lo motiva al hombre para buscar en el futuro una forma de aliento que lo ayude a superar los lastres del cuerpo. Son agudas ambas observaciones: el tiempo vital de cada hombre y el tiempo epocal en que se vive, condicionan la percepción del presente. El horizon-

te se propone como una forma de sobrevida, de supervivencia. Esto escapó a Ortega y es curioso, insisto, pues en su pensamiento la dimensión de la circunstancia histórica y la patencia consciente del tiempo en uno, son elementos vitales de encuadre. Es como si Ortega hubiera descontextualizado y "absolutizado" la observación de la relación del hombre y el horizonte. En lo hondo, las preguntas de Victoria no son retóricas, son atenuaciones de una generalización abusiva de parte del filósofo español.

"Algunos lectores -lo preveo- se sentirán tentados de reprocharle a Ortega un exceso de generalización. Les aconsejo que releen la página 228, donde explica admirablemente 'cómo al pensar dislocamos lo real, lo extremamos y exorbitamos'" (p.154). Así es, pero, en última instancia esa natural tendencia a dislocar lo real y bandearse en la generalización, no exime del esfuerzo de evitarlo, máxime cuando se es consciente de eso y se lo está diciendo, en tanto el propio pensamiento está operando, a ojos vista, hacia la generalización.

Victoria estima que los dones que los argentinos hemos recibido no nos son de mucha ayuda, pues no nos han llevado a dar cuanto podíamos. Y apunta, aludiendo a las páginas de Ortega: "Ni los ataques ni los elogios en sí pueden sernos provechosos. No necesitamos ni caricias ni golpes, con los que cambiamos entre nosotros nos basta. Necesitamos que nos traigan claridad. Venga de donde venga, de nosotros mismos o del vecino" (p. 154). Ortega nos aporta claridad, por eso, dice: "Quiero agradecerle tanta inteligencia al servicio de tanta sinceridad".

Retraigamos el penúltimo párrafo de su ensayo sobre los ensayos porque resume lo que yo planteaba al comienzo de esta exposición:

"Desde hace algún tiempo, la Argentina tiende la Pampa a los extranjeros de fama, como tendemos la palma de la mano a las quirománticas célebres. Y las preguntas no tienen fin: ¿Qué piensa usted de la línea de la vida? ¿De la línea de la cabeza? ¿De la línea del destino? El extranjero de fama trata de dar respuestas sentidas; pero el hecho es que, por lo general, sólo despierta protestas. Si es irónico, lo encuentran superficial; si es grave, infantil; si es sincero, insolente. Al fin de cuentas le darán la espalda, dejando caer esa palabra que Borges, con sobrada razón, quisiera ver muerta, palabra de nuestra sueñera y de nuestro caos: 'macanas'" (p. 155).

En síntesis, lo que Victoria dice es haber experimentado en su ánimo las dos sensaciones de "apampamiento" a que se refiere Ortega; plantea un par de preguntas correctivas a la generalización orteguiana; nada apunta, en cambio, sobre uno de los temas abordados por su amigo: el del guarango. Finalmente, piensa que es beneficioso para todos el que algunos, propios o foráneos, aporten claridad y con este vocablo alude, no a que acierte con la mirada, sino a que sepa definir un problema, a decir aquí hay algo de peso que atender. La detección y definición de un problema es un notable adelanto en la discusión de cuestiones. Los matemáticos saben decir que un problema bien planteado es problema medio resuelto. Podremos o no coincidir, dice Victoria, con las opiniones de Ortega, pero sus palabras nos han llevado a identificar un punto de interés común.

Cuatro años después de su escrito "Quiromancia de la Pampa", Victoria retoma, en un ensayo esencial para otros aspectos de nuestra cultura: "Supremacía del alma y de la sangre", el aporte de Ortega.¹⁰ Marginalmente a la cuestión que enfoca, hace una consideración acerca del aporte de cuantos extranjeros han escrito sobre nosotros -Waldo Frank, Ortega, el conde de Keyserling, etc.- y opinado sobre nuestro país:

"A la inversa de muchos de mis compatriotas, a quienes esta lectura irrita a veces y enerva casi siempre, los ensayos, pensamientos y meditaciones de los intelectuales europeos sobre nuestro Continente jamás me sacan de quicio y a menudo me apasionan. Este género de obras me parece fecundo para nosotros. Las busco con avidez, y a veces encuentro en ellas satisfacciones deliciosamente amargas". (p. 293)

Y, luego, se aplica al "caso Ortega":

"Ortega y Gasset ha escrito, en un magnífico ensayo sobre la Argentina, titulado 'La Pampa ... promesas', 'La verdad del viajero es su error'. Lo mismo se podría decir que el error del viajero es su verdad (este concepto lo había asentado la autora en 1929) Pero, ¡cuidado!,

¹⁰ En *Testimonios*. Segunda serie, Buenos Aires, Sur, 1941, pp. 289-329. El texto es el de una conferencia, dictada en Venecia, en 1934.

este error puede enseñarnos muchas cosas. El lugar en que se produce, el lugar en que el viajero vacila, flaquea, titubea y se equivoca, debe inmediatamente ponernos en guardia. Sin duda ha llegado a un punto neurálgico, a una encrucijada importante, vital para nosotros. Si empieza a tomar una cosa por otra, es precisamente porque una diferencia –en el sentido de la profundidad, no en el de la superficie– comienza a marcarse.

"Estos errores son fecundos, porque determinan en nosotros un retroceder instintivo hacia nuestra verdad. Y así es como nos encontramos a veces espalda con espalda con ella. El choque brusco contra el error ajeno nos adosa a una verdad que aún no habíamos localizado" (p. 294).

La precisión del señalamiento es innegable. La reflexión quiere mover a una mayor tolerancia y comprensión frente a quien nos juzga y evalúa con voluntad comprensiva y no denigratoria.

Es evidente que Ortega maneja una grave limitación estimativa, heredada de nuestros propios ensayistas argentinos: la reducción del país a la Pampa. Sobre ella, no cabe discusión de que es un paisaje con rasgos distintivos peculiares que suele ser asociado a nuestro país como carta geográfica de presentación. Esta llanura planetaria es similar a la estepa rusa. Así lo asocia Edmond Temple, en 1833, cuando en su libro de viajero recuerda: "Madame de Stael dice de la estepa que 'se diría que uno atraviesa una nación que acaba de irse'. En la pampa, el viajero atraviesa un país donde la nación está todavía por llegar". Se anticipó el inglés al mismo Echeverría quien, en el epígrafe del canto primero de *La Cautiva* (1837), tomado del poema *Mazzeppa* de Víctor Hugo, sugiere la asociación, con notable capacidad de adecuación epigráfica al objeto del desierto pampeano y la protagónica pareja de Brián y María:

*Ils vont. L'espace c'est grande dans le desert immense,
dans l'horizon sans fin que toujours recommence*

Igual asociación, explícitamente, han establecido Eduardo Mallea y Gabriela Mistral: pampa y estepa.

Esta realidad geográfica fue descripta inicialmente, no por viajeros ingleses, como dicen los que se han ocupado del tema, sino por un

par de jesuitas. El primero, el italiano José Gervasoni, en la crónica de un viaje en carreta desde Buenos Aires a Córdoba, en 1729. Narra esta "travesía o navegación por tierra", que hace de la pampa un mar en el que navegan, como galeones, las carretas. El otro jesuita, alemán, fue el notable Florián Paucke (1750): "Mirábamos el campo llano, extenso y ancho que no tiene límites a la vista del hombre: era tan parejo como el mar cuando está tranquilo". Luego vendrán otros descripciones, siempre en el siglo XVIII, como la del franciscano fray Pedro de Parras o de viajeros españoles. Sólo en la segunda década del XIX adelantaron los ingleses sus apuntes pampeanos: "La pampa tiene la apariencia de una interminable pista de *bowling*", escribe John Miers, en 1819, y agrega, abusivamente: "Un país que no ofrece otra cosa que una ilimitada llanura vacía de paisaje". Y tantos señalamientos coincidentes, como el de Alexander Cadleigh (1819): "Una llanura con poca vegetación y agua, y con ningún otro límite que el horizonte". Siempre el horizonte.

Después de 1820 se leen las primeras asociaciones condicionantes entre hombre y medio natural, tema que ocupará a Ortega. Así lo hacen autores como Francis Bond Head: "La pampa favorece el instinto de libertad del gaucho y le robustece el orgulloso sentido de independencia" (1826). Lo reiteran otros, como Chas Brand: "De la necesidad, siendo obligados a vivir de sus propios recursos, los nativos de la pampa han adquirido un aire independiente; y de vivir casi sobre el lomo del caballo, ese aire se aproxima aun a la nobleza (...) Viviendo tan libres e independientes no pueden reconocer y no reconocerán la superioridad de ningún otro mortal. Sus ideas son todas de igualdad" (1827). En estas páginas de viajeros radican las primeras apuntaciones de relación entre el argentino y el medio pampeano.

Todas estas observaciones preludian, *in nuce*, las páginas de Sarmiento en el *Facundo* (1845), quien colocará frases de algunos de esos viajeros ingleses como epígrafes de sus capítulos. Como no parece recordarse, pese a estar ello escrito en el *Facundo*, Sarmiento se había propuesto ocuparse de tres ámbitos geográficos del país y de sus relaciones condicionantes con el argentino de cada región: la selva, la montaña y la pampa. Como se sabe, o no se sabe, la meseta patagónica no existió en la atención de Sarmiento, o por decirlo mejor, la consideró espacio chileno. Es curioso que, pese a ser hombre de la piedra andi-

na, como sanjuanino de ley, se olvidó de los Andes y de la selva y se centró, imantado, en la Pampa, Pampa que no conoció de vista hasta 1851, seis años después de escribir interpretativamente sobre ella. Escribió y teorizó sobre lo que no había visto, basado en fuentes de viajeros y obras literarias (Echeverría, L. Domínguez), sin conocimiento directo de la realidad. Sea como fuere su relación con la realidad, él consumó una actitud de reduccionismo simplista, que habrá de heredar Ortega: el país es la Pampa. Otras reducciones sigue padeciendo la concepción del país: la música nacional es el tango porteño; la lengua argentina es el lunfardo del arrabal de la capital, y así parecidamente.

Sarmiento generó una cadena de ensayistas que, hasta nuestros días, siguieron "leyendo" la pampa como imagen excluyente del país, como cifra de la totalidad de la Argentina. De esta visión simplificada y deformante serán herederos muchos viajeros extranjeros, entre ellos Ortega. Lo curioso es que se le señala encarnizadamente esta limitación al filósofo español, olvidándose que ella fue instalada por Sarmiento y continuada por otros argentinos, cumpliendo así con una de las leyes de nuestra cultura: la firme y fiel tradición del error en el tiempo.

Valentín Alsina, en las notas que dirigió con observaciones sobre el *Facundo*, a pedido de Sarmiento, señalaba que un grave defecto era "el espíritu de sistema" del autor. Sarmiento se mueve, como se sabe, sobre una formación de lecturas del Iluminismo, y con escasas obras románticas. Su temperamento es romántico, digamos, pero hay en él una proclividad al sistema ideológico explicativo de toda realidad. Veremos como, también, se le señala "espíritu de sistema" a Ortega.

Roberto Giusti

Una de las primeras voces que opinaron sobre las estimaciones de Ortega fue la del director de *Nosotros*, Roberto Giusti. Lo hizo en dos entregas de su revista, tituladas: "Los ensayos argentinos de Ortega y Gasset", en enero y febrero de 1930.¹¹ *Nosotros* –cuyos enemigos la

¹¹ En *Nosotros*, Buenos Aires, x. XXIV, n° 248, enero de 1930, pp. 5-15 y n°249, febrero de 1930, pp. 145-160. Los recogió Giusti en: *Crítica y polémica*. Cuarta serie, Buenos Aires, Edición de *Nosotros*, 1930, pp. 7-43.

llamaban graciosa y diferenciadamente: *Ellos*– es la revista cultural de más larga vida –previa a *Sur*– en nuestro país. Cubrió el espectro de todas las manifestaciones de la cultura y nunca cultivó un espíritu chovinista ni estrecho. Dio cabida a reseñas de obras de Ortega, a colaboraciones suyas, a notas sobre sus actividades, auspició una conferencia suya sobre "La nueva sensibilidad", que dictó en el Teatro Odeón, y organizó una cena en su homenaje.

Giusti, con el orden de tratamiento que puso en cuanto hizo, primero se ocupa de "La Pampa... promesas". Recuerda que Aníbal Ponche mencionaba este ensayo como "Grafología de la Pampa". Giusti hace una primera observación aguda: los dos ensayos se hallan cobijados bajo el título común de "Intimidaciones", lo que en Ortega significa que se referirá a cuestiones vividas, sentidas en profundidad y "hasta elegidas por el corazón". Y, acorde con la materia, uno de los instrumentos de su abordaje será la vía de la fantasía poética. Esto es, no sólo la mera disquisición intelectual.

Giusti es el primero que asocia algunos rasgos de descripción pampeana de Ortega a páginas de Enrique Larreta –aunque el filósofo no lo cita– de *Zogoibi* (1926), novela leída por Ortega y aparecida tres años antes de la fechación de sus ensayos. Los pasajes que rescata el crítico se asocian a la visión del pensador, consonando con ella: "paisaje todo horizonte, que es para muchos la mayor hermosura y trazo de unión soñadora de los ojos y el alma" (...), "con más cielo que tierra, a guisa de anheloso paisaje que los rodeaba. A esa hora, la pampa alucina la sangre como un baño crepuscular, y el jinete ve pasar ante sí sus propios deseos" (...) "Diría el Padre Torres que no había nada más metafísico en la naturaleza que esa comarca de pastores pensativos (...), que para sentirla y comprenderla de veras, a más de ser algo místico, había que tener su poquitín de geómetra y su poquitín de ascetismo; y sobre todo, saber escuchar la música, la música insonora de que nos habla fray Luis".

Andados los años, estos pasajes van a ser condensados por Larreta en un magnífico soneto, "La Pampa",¹² del que transcribo –renun-

¹² El poema "La Pampa" se publicó en *La Nación*, Buenos Aires, domingo 13 de marzo de 1938, sec. 2ª. P. 1. Fue recogido como soneto LII del poemario larretiano, *La calle de la vida y de la muerte*, Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, 1943, p. 115.

ciando al comentario, al que da sobrada materia, en aras del espacio-, sólo los cuartetos:

Anhelosa llanura desmaterializada.
Fantasma de este mundo que el mundo me escondía;
metafísica paz; divina geometría
de abstractos horizontes y tierra despojada.

El cautivo color y la forma cansada
hallan aquí su fuga; y el alma, se diría,
reconoce sus vértigos y reconocería
también aquella música que alguien llamó callada.

Giusti analiza el procedimiento de composición del ensayo de Ortega y va señalando el ensamblamiento de los temas en él. Al hilo de las observaciones del filósofo, va aportando comentarios. Ortega se pregunta si algún filólogo se ha ocupado del sentimiento de la fugacidad de la vida en la literatura argentina. Después de hacer una rápida requisa de autores, Giusti concluye que no hay tal trabajo porque no hay materia real en nuestra poesía para ello. "No conozco en toda la literatura argentina un apóstrofe trágico como el de Quevedo al tiempo: '¡Cómo de entre mis manos te resbalas...!' (p.11)

En lo que hace a la idea del Estado, en el grado de firme madurez que Ortega advierte en nosotros, Giusti la convalida como real y recuerda que esta situación ya ha sido suficientemente analizada por nuestros sociólogos e historiadores, desde Alberdi a Rodolfo Rivarola, como producto de nuestro desarrollo político.

En cuanto al sostenido sentimiento de aspiración a una futura grandeza, también asiente Giusti y reafirma que ha sido definido por estudiosos nuestros. Es el caso de Juan Agustín García en *La ciudad indiana* (1900), de cuyo libro podemos espigar. Ya a los colonizadores españoles del siglo XVI:¹³

"La vida fácil, una alimentación abundante y nutritiva, los hori-

¹³ García, Juan Agustín. *La ciudad indiana*. Prólogo de Narciso Binayán, Buenos Aires, Eudeba, 1964. Cito por esta edición.

zontes amplios, les sugieren la idea de la grandeza futura de ese país. A fuerza de repetirse en sus cerebros, de confirmarse con las lucrativas expediciones de cueros, se transformará poco a poco en un sentimiento de orgullo colectivo, directivo de todo el juego mental. Y, por un proceso muy bien estudiado en la Psicología, se incorporará al organismo, convirtiéndose en un móvil subconsciente de la voluntad, constituyéndose ese fondo de esperanza y optimismo, indispensable para soportar con serenidad las agitaciones de esos primeros años, tonificar su sistema nervioso, cobrar fuerzas para seguir adelante con fe, la ruda tarea" (ed. cit. p.59).

Adviértase que la interpretación positiva, y esperanzada en futuros promisorios, de García respecto de la actitud de los conquistadores y colonizadores españoles en el Plata, contrasta con la de otros intérpretes que explican ciertas tendencias anímicas del argentino actual por la raíz de desengaño que padecieron los españoles cuando batían nuestra tierra, al no hallar metales en la región. Esta especie curiosa de psicología social heredada a través de las generaciones, muy poco seria, por cierto, es sostenida, no obstante, por indagadores serios de nuestra realidad como Martínez Estrada. Como me he ocupado de ello en otro estudio, refiero a él.¹⁴

Agrega J.A. García: "Lo que sostiene la personalidad e impide la depresión moral, levantando el carácter, dándole altivez y aplomo, haciéndolos 'vivir contentos en su miseria', es el sentimiento de grandeza futuro del país, causa de su amor a la patria, que le informa al mismo tiempo sus rasgos peculiares, amada en el futuro, no en el triste presente" (ob.cit, p. 16).

Adviértase cómo este razonamiento se anticipa a la observación que Victoria Ocampo le hizo a estimaciones de Ortega. Se van tejiendo, a lo largo del tiempo, en la ensayística argentina algunas líneas de interpretación que perduran y reaparecen a lo largo de los años. Son pequeños hilos que entretejen la tela interpretativa de nuestra tradición in-

¹⁴ Barcia, Pedro Luis. "Martínez Estrada y su estimación del período y la herencia hispánicas en la Argentina", en *Actas del Segundo Congreso Internacional sobre vida y obra de Ezequiel Martínez Estrada*, Bahía Blanca, Fundación Martínez Estrada, 1996, pp. 15-27.

telectual. A este tipo de precedencias respecto de Ortega es a lo que me refería al principio, cuando dije que Ortega había leído, antes de visitar-nos, a nuestros mayores intérpretes y semiólogos culturales. He desarrollado algunas de estas líneas en otro trabajo que publicaré en breve.

Retornemos a García; quien abunda en su misma tesitura semiológica:

"No es lo mismo para el desarrollo de la vida, tener el convencimiento de un destino miserable, creerse perseguido por la fatalidad, ser misántropo, y en consecuencia débil e inerte, que la vanidad del petulante optimista que se arroja a cualquier empresa con la convicción íntima y orgánica de su fuerza, el prejuicio de que los dioses lo protegen. Podrá ser criticable, sobre todo cuando no se tiene éxito; pero lleva generalmente a los pueblos, como a los hombres bien dotados, a los mejores destinos" (pp. 221-222).

Este es un aspecto de la lectura de lo argentino realizada por Ortega, predicho en un tercio de siglo por Juan Agustín García. Veamos otros aspectos contenidos en "El hombre a la defensiva". En la actitud que supone el título, que después explicita el pensador, Giusti se pregunta: "¿Nos ha visto bien el Espectador?" (...) "La observación de Ortega es peregrina y no sé que nadie la haya formulado antes que él" (p.30). El crítico argentino cree que confunde una actitud difundida en muchas naciones con un rasgo típico argentino: "Ortega ha descubierto en nosotros, como pueblo, una cualidad no más acusada aquí que en ciertas clases profesionales de cuanto puede serlo en Francia, en Italia o en Portugal. Insisto: en ciertas clases profesionales, las únicas que él ha conocido, además de algún medio social dudosamente aristocrático" (p.30). "No puede afirmarse con asomo de certidumbre que el funcionario o el profesional argentino tenga más empaque y solemnidad que su congénere europeo, aparte aquella 'postura' propia tradicionalmente de ciertas profesiones, aquí y en todas partes" (p. 31).

"¿No habrá incurrido el Espectador en un error de perspectiva? Don José Ortega y Gasset, que es todo un caballero cortés, agradable en el trato personal, no es, sin embargo, un hombre fácilmente accesible. Él me ha parecido siempre estar un poco a la defensiva, no ya para darse una fachada que no necesita, porque está adentro muy bien alhaja-

do, sino seguramente para evitarse rozamientos molestos de indiscretos e impertinentes. ¿Y no será que frente a su estiramiento afable y frío, también se estiró su interlocutor argentino?, ¿no habrá él equivocado con la vanidad, un explicable orgullo o quizá cierta timidez nacida del respeto? No hay hombre más parecido al soberbio que el tímido" (p.32).

En similares apreciaciones se aproximan Giusti y Manuel Gálvez, como veremos, lo que resulta significativo. Es levemente irónica la observación del director de *Nosotros* cuando señala si no habrá cometido un error de perspectiva, nada menos que quien propone el *perspectivismo* como base gnoseológica frente a la realidad.

En cuanto a la condición de improvisados de los argentinos, Giusti recuerda que, en efecto, somos de ayer y, por ello, hemos tenido necesariamente que improvisar todo, en apenas un siglo de vida independiente. En este tiempo hemos plasmado una Facultad de Filosofía y Letras, a la cual no parece apropiado no haber tenido trato sino con Spencer y sólo por excepción con Kant, y a la vez, un trato excesivo con los manuales, aludiendo a observaciones de Ortega sobre la enseñanza de la filosofía entre nosotros. "Pero si no se hubiese empezado por ahí, no habría sido posible ofrecerle a Ortega y Gasset la cátedra prestigiosa desde donde habló en un ambiente de relativa cultura" (p. 33).

Debemos aclarar que para el año de la primera visita de Ortega a la Argentina (1916), ya había comenzado en nuestros claustros universitarios una renovación de las doctrinas filosóficas, superadoras del positivismo y el pragmatismo. La labor de Alejandro Korn, de Alfredo Francheschi, Saúl Taborda, había comenzado con presencias neokantianas e idealistas. Bergson era por entonces objeto de los primeros abordajes. Para la década del Veinte, las revistas culturales mostraban ya que campeaban nuevas direcciones. Un compañero de estudios de Ortega en Alemania, Coriolano Alberini, había calado fuerte con las nuevas doctrinas de pensamiento. La presencia de Eugenio D'Ors había generado toda una movida y la creación del llamado Colegio Novecentista, que, por cierto, nunca mostró simpatía por Ortega.¹⁵

¹⁵ La agrupación juvenil generó una publicación muy poco conocida en nuestros días: *Colegio Novecentista*. El Cuaderno 1° apareció en Buenos Aires, en julio de 1917. En esta publicación tuvo una presencia acentuada la obra de D'Ors, del que se reprodujeron va-

Ratificando la condición de "improvisados" en algunos aspectos, Giusti señala lo que no escapa a Ortega: la influencia, en ello y en el afán de riqueza, del aluvión inmigratorio. Sobre el particular, comenta Giusti: "Las observaciones de Ortega sobre este punto son tan acertadas como dudosas las conclusiones que de ahí deriva para escrutar la psicología individual del argentino" (p.36). Así, afirma:

"Niego que sea cierta la conclusión de Ortega sobre nuestro narcisismo, cuya dimensión no excede gran cosa la ilusión de todos los mortales. Una vez más, su pensamiento ha sido arrebatado en las espirales de su admirable vuelo dialéctico, y poco a poco, ascendiendo de un argumento a otro, ha perdido de vista la tierra que antes pisaba sólidamente. Además, al filósofo lo descarría el espíritu de sistema que ha aprendido en la escuela germánica. Empezó como poeta por una metáfora sobre la Pampa, y sobre ella, trabajando con paciente destreza, ha urdido una metafísica de la argentinidad y podría decirse una metapsíquica del argentino, con simétrica coincidencia entre el paisaje, la sociedad y el individuo" (p. 40). El narcisismo que Ortega cree descubrir, "parece un ente de razón y no un fenómeno observable".

El punto siguiente es el del "guaranguismo", zona por donde, a mi juicio, se produce el mayor desvío orteguiano, como lo tengo escrito.¹⁶ Giusti razona:

"El guaranguismo, como exhibicionismo, falsa ostentación, rasticuerismo, estridencia e impertinencia, hasta descender a la grosería y la incivilidad, es un defecto que se encuentra en todas las sociedades y más acusado allí donde es más fácil la ascensión del plebeyo a la riqueza. Por eso no podía faltar en la Argentina; pero tampoco falta en Eu-

rios ensayos tomados de su *Antología filosófica*, preparada por Manuel García Morente, quien tendrá, con los años, una presencia firme en nuestro país. La revista, de pequeño formato, pervivió hasta diciembre de 1919. Ortega no halla eco en sus páginas, que no sea una frase con su punta de ironía, firmada con seudónimo *Lapislázuli*: "Ortega: en Europa, un espectador; en América, un espectáculo", Cuaderno VIII, Buenos Aires, a. III, vol. III, julio de 1919, p. 168.

¹⁶ Barcia, Pedro Luis. "Trasmigración de un estereotipo cultural de Buenos Aires a París: del guarango al rasticuero", en *La Argentina y el Mundo del siglo XX*, Actas de las Jornadas Internacionales, Bahía Blanca, 12 al 14 de noviembre de 1997, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1998, pp. 37-49; el capitulillo "El guarango de Ortega y Gasset", pp.43-44.

ropa, donde los *nouveaux riches* no son tipos exclusivos de la posguerra. Ortega argumenta que la existencia de la palabra, sin equivalente, según él, en otras lenguas, muestra que el fenómeno denominado por aquella, tiene aquí una preponderancia insólita en los demás pueblos. ¿Y por qué no admitir lo contrario? Que, precisamente, al aparecer ese defecto en ciertas capas de nuestra burguesía rápidamente enriquecida, como no podía menos de acontecer, chocó tanto a la general discreción y mesura de la masa, que ésta lo aisló y fijó mediante un vocablo de nuevo cuño. Los argentinos no son todos *macaneadores*, ni todos *lateros*, ni menos todos *otarios*. Esos tipos se dan entre nosotros, pero no impunemente para ellos. Descubiertos que son, enseguida se les cuelga el rótulo tan nuestro. Así le ocurre al guarango. Si la mayoría lo fuésemos, tal como somos frívolos e imprevisores, no nos daríamos cuenta y no habríamos inventado la palabra diferenciadora" (p. 41-2). Y agrega, con humor final: "¡Vaya uno a saber si nuestro culto y fino amigo no tuvo que soportar en Buenos Aires uno o dos guarangos auténticos, de esos que tampoco faltan en la universidad, y ahora salimos pagando justos por pecadores!" (p.43).

Como la mayoría de nuestros ensayistas que opinaron sobre Ortega, Giusti agradece:

"Debemos escuchar con interés y agradecer todo cuanto nos diga un pensador de la talla de Ortega y Gasset, aunque se defina transeúnte y no viajero, con mayor razón sabiéndolo buen amigo desde 1916, lo que él certifica ahora afirmando repetidamente su confianza en nuestra posibilidad de alta historia y óptima humanidad. (...) La calidad del diagnóstico se valora por su agudeza, seriedad y honradez, no por su cortesía piadosa o interesada" (P. 21).

"Ortega no es de esos (de los que nos elogian en presencia y se burlan de nosotros en ausencia). No ha venido a vendernos sus elogios a nuestras 'grandezas', como lo hizo Blasco Ibáñez: no se ha vuelto a Europa descontento, ofendido, envenenado, hostil. No pretende -él lo dice- halagarnos ni vejarnos; nada más que decirnos su verdad, o su error, el cual es un modo de verdad del viajero: recordemos" (p. 23).

Una vez más, la reacción es agradecida por la crítica bien intencionada.

Juan Álvarez

A las opiniones anteriores, le siguen las de Juan Álvarez, con su trabajo titulado: "Los guarangos argentinos y la filosofía del horizonte",¹⁷ publicado en *La Prensa*, periódico de tan larga vida como *La Nación*, y que fue hogar de muchas plumas españolas: Azorín, Ramón Pérez de Ayala, Ramiro de Maeztu, y otros.

El tono y la actitud de Álvarez, respetuosos como suyos, no obstante, se diferencian de los de las anteriores críticas, pues se centran en subrayar los desaciertos del filósofo, sin marcar las coincidencias, que parece no hallar.

"Parece ser que a uno de esos viajeros (de los que han cursado el país últimamente), el profesor español don José Ortega y Gasset, le ha sorprendido no encontrar entre nosotros la intimidad de trato a que aspiraba. Probablemente, las causas del hecho fueron particulares o personales; pero aficionado como lo es este escritor a las generalizaciones filosóficas, pensó que debía existir una causa general, una cualidad especialísima del hombre argentino, que le impidiera intimar con sus semejantes. En vez de informarse bien, preguntándole a cualquiera de los millares de españoles que aquí viven e intiman con los nativos en una atmósfera de afectos retribuidos, prefirió lanzarse a bucear sobre la razón suficiente de ese para él extraño fenómeno".

Primeros señalamientos precisos:

- 1) Ortega lleva una experiencia personal, tal vez generada por causas privadas, a un plano de generalización intelectual, sin plantearse la raíz psicológica de la vivencia. Esta proclividad a la generalización abusiva fue señalada desde el principio, aun por amigos suyos, como es el caso de Victoria Ocampo, y retomada por Giusti y Gálvez.
- 2) Una cierta modalidad del pensador que lo hacía poco accesible, y

¹⁷ Álvarez, Juan. "Los guarangos argentinos y la filosofía del horizonte", en *La Prensa*, Buenos Aires, jueves 27 de marzo de 1930, p. 16. Álvarez (1878-1954), entrerriano, de Gualeguaychú, doctor en jurisprudencia, académico de Historia y de Letras, fue autor de estudios sobre los orígenes de la música argentina, las tonadas regionales, *Las guerras civiles argentinas* e *Historia de Rosario*.

que él leía como formas de distanciamiento en los otros; la evidencia para la gente de que observaba sin disimulo en torno de sí, y el replegamiento que generaba esa sensación de sentirse observado, etc. Este rasgo lo señaló inicialmente Castellanos y fue remarcado por Giusti y Gálvez

- 3) La sugerencia de Álvarez de la posibilidad no aprovechada de consultar a tantos españoles instalados entre nosotros, le habría dado otra perspectiva.
- 4) También otros autores han señalado la dificultad –por diversas causas– de acercarse espontáneamente a Ortega: un círculo "áureo" en el que se movió sin libertad de romperlo, correspondiendo a un ambiente que consistía en un verdadero ecosistema; el universitario. El cerco en torno a Ortega –que incluso lo acompañó cuando viajó al interior– operó como un horizonte móvil que le habría vedado –involuntariamente, y tal vez por puro entusiasmo adherente, si no adhesivo–, a salir de ese espacio, rompiendo la circunferencia limítrofe y poder conocer al argentino común. Es reiterada esta observación: Ortega no trató al argentino estándar.

"Nada fácil resulta sintetizarlos (a los ensayos) en pocas palabras, pues aun cuando ambos giran alrededor de un argumento central, la frase se va y viene como gambeteo de avestruz, avanza, gira, se ladea, retrocede, vuelve a avanzar, corrige, desdice o modifica lo dicho antes o lo que dirá después, mediante advertencias oportunas: esto ha de oírse con fino oído, aquello entenderse *cum grano salis*, lo de más allá requiere graves salvedades atenta su notoria exageración".

La apreciación aborda una cuestión fundamental en la exposición orteguiana: las figuras de la retórica, las formas atenuantes, las aclaraciones, las reticencias, etc., que operan con eficacia en estas páginas ensayísticas. Da la impresión que Ortega se cubre, en estos recodos sintácticos, de posibles ataques a sus generalizaciones o exageraciones, que él mismo afirma son propias del filósofo. Si hay en sus ensayos frases categóricas, muchas más son las morigeradoras. Con imagen criolla contundente, por lo suavioria y gráfica, Álvarez lo llama, finalmente, "avestruz gambeteador", y con ello gana seductoramente la aprobación del lector que tiene frescos los movimientos expositivos del autor español. La *gambeta* está definida en nuestro *Diccionario del ha-*

bla de los argentinos como: 1) "Movimiento rápido del cuerpo para evitar un obstáculo, golpe o caída" y, en su segunda acepción, la figura: 2) "Evasiva, justificación inventada para eludir una situación comprometida".¹⁸

Álvarez sintetiza las observaciones de Ortega sobre el hombre argentino, pero va a cebarse en dos de ellas: su actitud simuladora y su índole guaranga, ambas asociadas al horizonte pampeano.

"En resumen, el hombre argentino es simulador y guarango. Y, pues de ello tiene la culpa el horizonte, no se ve por dónde nos vendrá el remedio. ¿Cómo se las arregla un país para cambiar el horizonte? Acaso hallemos en lo irremediable de nuestro destino la clave de esa curiosa tristeza que otro ilustre extranjero acaba de descubrir aquí, espectroscopio en ristre".

El señalamiento es falaz, en tanto Ortega no es determinista. No opera a la manera del mismo Sarmiento, en sus afirmaciones propias de un Taine *avant la lettre*. Hay salida, por supuesto, porque se trata de un condicionamiento y no de un oclusivo determinismo vital.

Pero la siguiente apreciación es, sí, categóricamente contundente pues apunta a lo que dije al comienzo: el reduccionismo de lo nacional a lo pampeano, generado por nuestros propios ensayistas, precedentes de Ortega en esto.

"Buscando algún consuelo a tamaña desgracia, me ha ocurrido pensar que, felizmente, gran parte de los argentinos sólo tienen ante sus ojos, de tarde en tarde y yendo de viaje, ese horizonte de la pampa que el autor, en uso de legítima licencia poética, llamó borracho. Siete de nuestras catorce provincias están situadas sobre la cordillera de los Andes o sus estribaciones; tres más tienen su territorio cortado por importantes serranías; las cuatro restantes abundan en selvas; y sobre la parte llana y limpia varios millones de personas residen en la capital federal, Rosario u otras grandes ciudades, desde las que así se ve la pampa como desde la Puerta del Sol. Líbranse, pues, de sus mirajes muchísimos habitantes".

¹⁸ Diccionario del habla de los argentinos, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, Editorial Planeta, 2003.

Este señalamiento es firme: Ortega cayó en la simplificación ya hecha un *koínos topos* para la mayoría de los intérpretes de la realidad nacional y para los extranjeros que nos visitan: la Argentina es la pampa. El reclamo del país interior ha sido permanente contra esta abusiva reducción ejercida desde lo porteño, particularmente. Como en otro lugar nos hemos ocupado del tema, remito a ello.¹⁹ Ortega ratifica el error de estimativa al que ya nos estábamos acostumbrando.

Otra observación de Álvarez es aguda, y acusa una atenta lectura de la obra de Ortega. Parte de la idea de que muchos otros hombres viven en espacios abiertos como estepas, desiertos, sabanas, llanuras vastas y, por ende, exhibían nuestros mismos rasgos, denunciados por el pensador español: "de donde se deduce que no deberíamos tener la exclusividad del guaranguismo". Lo cierto es que, al condicionante paisaje pampeano, exorbitado en su influencia, Ortega le suma otros constituyentes que aportan su influencia para generar el producto que destaca, tales como la condición de pueblo joven y la presencia aluvial de la inmigración. Aunque para Ortega el horizonte pampeano es definitivo, aporta otros ingredientes al cuadro. Pero Álvarez avanza un grado más para denunciar la falta de especificación de la situación del paisaje pampeano y el hombre argentino condicionado por él. Es el único que descubre esto:

"Queda aparte, lo de que aquí las aves vuelan y las nubes pasan, engendrando promesas. ¿No es el mismo Ortega y Gasset quien dijo, describiendo panoramas españoles: 'En Castilla, mirar suele ser disparar la flecha visual al infinito: ni al salir de la pupila ni en el resto de su trayectoria encuentra obstáculo alguno. Cuando se ha hartado de volar en el vacío, la rauda saetilla cae por su propio peso y se hinca en un punto del cielo. En Castilla, la mirada crea y fija el horizonte.'?"

Efectivamente, son palabras del autor, escritas en 1915, a propósito de un viaje por el interior de España, en un capitulillo titulado "La mirada castellana procede con tacto", incluso en unas "Notas de andar y

¹⁹ Barcia, Pedro Luis. "Hacia un concepto de la literatura regional", en *Actas de las jornadas "La literatura argentina y las literaturas regionales"*, Mendoza, Univ. Nac. de Cuyo, Fac. de F. y Letras, 2003, en prensa.

ver", que recogió en *El Espectador*, tomo III, en 1921.²⁰ Curiosamente, Álvarez no recoge en la cita que transcribe, el final del párrafo, que es sumamente sugestivo: "...En Castilla, la mirada crea y fija el horizonte, como, según Darwin, en la Pampa llanísima el pie elige y a la par crea el camino" (ed.cit. p.59). El cierre de frase y párrafo es básico en la asociación mental de Ortega, que tiende un puente entre la experiencia de la meseta castellana y la pampa, al menos a través del apunte de Darwin. En otra ocasión, en un viaje a la estancia "Azelain" de Enrique Larreta, refresca el pasaje de Darwin, con alguna variante.²¹

Álvarez, después de asociar dos textos orteguianos, uno de 1915 y otro de 1929, con acotaciones semejantes, retoma sus consideraciones. Debo apuntar aquí que el crítico es hombre del interior y con conocimiento de la campaña.

"Asimismo, he creído notar que nuestros campesinos miran poco el horizonte, como no teman o necesiten lluvias. Igual que en otras partes, viven atentos a la siembra y a la cosecha y a la esquila, sintiéndose tales labradores y pastores, sin mostrar empeño en que se les tenga por otra cosa. En todo piensan, menos en sospechar castillos o ciudades ignoradas, o islas a la deriva detrás de las arboledas".

"Si hay algo bien característico de los criollos típicos es justamente su falta de aptitud para la ensoñación, su apatía mental, su tendencia a dejarse estar, libres de los cuidados del mañana. ¿Qué decir del empaque y la falta de espontaneidad atribuida a esos presuntos sempiternos mirones de horizonte? Quizá en parte alguna sea dable hallar, como en este suelo, una sensación más clara de lo ridículo de toda afec-

²⁰ La primera edición del t. III es de 1921. Luego, en *Notas*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1938, Colec. Austral, 45, p. 37. Ortega y Gasset, José. *El Espectador*, t. III y IV, Madrid, Revista de Occidente, 1963, pp. 45-73, lo cit. en pp. 58-59.

²¹ La referencia a Darwin y la pampa vuelve en otro escrito de Ortega, muy distante de éste, en *Obras completas*, t. IX, p. 456: "Yo he tenido la ocasión de contemplar esa vida invisible en torno del que caza, esa realidad oculta del campo viviente en su derredor. Fue en la pampa y en la estancia -nombre que allá dan a las enormes propiedades rústicas- del prócer argentino Rodríguez Larreta, que es, a la vez, muy destacado escritor. Es tierra tan plana que Darwin, al visitarla hace más de un siglo, escribía: 'Camino y dirección son sinónimos en este país llano'".

tación, un mayor gusto por burlarse de cuanto signifique tiesura, pompa, penacho. Era uno de los famosísimos consejos del viejo Vizcacha: 'Ansina vos, ni por broma, / querás llamar la atención'".

Aquí cabría discutir el alcance del vocablo "ensoñación". Si entendemos por tal lo que los italianos llaman el *fantasticare*, como potencia "femenina", como se diría en un lenguaje políticamente incorrecto, frente a la "fantasía", como potencia masculina creadora, la ensoñación no ha sido señalada como nuestra por ningún intérprete o hermenéuta de los rasgos propios del habitante del país. Sí, ha sido destacado este desvarío en vigilia como propio del porteño, no precisamente del hombre de la pampa, del campo. Con lo cual, Ortega estaría definiendo, en todo caso, al porteño y no al hombre argentino.

Finalmente, los últimos párrafos de su artículo los destina Álvarez a una de las cuestiones que generó mayor cantidad de disenso fuerte con Ortega: lo del guarango y el guaranguismo.

"He advertido, por fin, que la propia palabra 'guarango' ni es intraducible ni significa lo que Ortega asegura. Incorporada al *Diccionario de la Real Academia Española*, edición de 1925, equivale, según tan alta autoridad, a incivil o mal educado. Otro tanto afirma Daniel Granada en su *Vocabulario rioplatense*: "persona que en sus dichos o acciones es torpe o incivil, o que no sabe guardar los miramientos que pide la buena educación". Así opina también Segovia, en el *Diccionario de argentinismos*, sin otra salvedad que la de usarse tal vocablo en el Litoral, pues los habitantes del interior dicen 'guasos'. Sospecho que la definición de Ortega obedezca a la misma necesidad que obligó al poeta, en atroz penuria de consonante, a descubrir que eran blancas las hormigas. Sobre tan frágil base no podrá construir en sólido la futura 'Meditación de los guarangos', que tiene anunciada. Quizá otras palabras del léxico argentino le permitan reflexiones más provechosas: tal el verbo 'macanear', que no figura en el *Diccionario de la Academia*".

En este tema, cabe decir que Ortega erró seriamente. En primer lugar, estimo que fue cautivo de una falsa acepción del vocablo 'guarango' que, posiblemente, su entorno porteño le acercó. Equivocó grave-

mente la semántica del vocablo y, con ello, toda su reflexión se viene abajo. Un segundo error orteguiano fue el no haber compulsado los diccionarios de entonces, no sólo el de la Real Academia —que cuatro años antes de sus ensayos contenía una elemental definición de la palabra—, sino los que menciona Álvarez, el de Granada y el de Segovia, o el de Tobías Garzón y el del interesante autor peninsular, aquerenciado un tiempo entre nosotros, Ciro Bayo. Si los hubiera consultado hubiera evitado el desliz en que cayó. Y, sin duda, suspendió su anunciada "Meditación de los guarangos" al advertir su desliz denunciado por todos. Es rara esta conducta en él, de dejarse llevar por lo que entendió mal o le dijeron mal, oralmente, respecto de una acepción, pues su hábito es partir, lo diga o no, de los diccionarios al uso, aun cuando sea para alejarse de ellos, entre precisiones.

No me parece que Ortega haya procurado tirar la manta léxica para su lado, acomodando la acepción del vocablo, como señala Álvarez. Estimo que se trató de una desgraciada mala información y de una dejadez de su parte al no verificar el uso.

La frase final del párrafo del entrerriano, acerca de que el verbo "macanear" le hubiera dado materia para otro ensayo suyo, por supuesto, no está exenta de ironía criolla algo agresiva.

Pero el discurso de Álvarez da una vuelta de tuerca más a sus comentarios. Acota que guarangos y nuevos ricos los hay en todas partes, aunque los nombres que se les da varíen. En cuanto al hombre a la defensiva, lo hallamos en todos los países, porque es el que está en la lucha por la vida. Inclusive, retomando las "Notas de andar y de ver", sobre la meseta de Castilla y sus efectos en el habitante, señala:

"Antes de advertirlo en la Argentina, habíalo descubierto Ortega en España, y con igual facilidad lo descubriera en otros lugares. Leo en el tercer tomo de *El Espectador* (p.75), o sea pocos renglones después de la cita anterior, relativa al paisaje de Castilla: 'En nuestro país no es uso vivir abierto a todos los vientos. Casi todas las gentes parecen atormentadas por la sospecha de que alguien va a venir y les va a arrebatar su ser: este menudo pensamiento, esta pequeña fortuna, este puestecillo en la jerarquía política o académica. Y toda su vida se convierte en una táctica defensiva contra los demás, compuesta de odio, de acritud, de maledicencia, de intriga, de fraude'".

La cita es contundente: Castilla, como la Pampa, como otros espa-

cios semejantes, hechos de horizonte, generan el hombre a la defensiva. Con ello, la observación orteguiana pierde todo efecto de supuesta definición de lo típicamente argentino. Ese texto, escrito en 1915, en plena meseta castellana, anterior en tres lustros a "La Pampa...promesas" y a "El hombre a la defensiva", echa por tierra la aspiración al señalamiento de las principales notas peculiares de la argentinidad. El esfuerzo por definir lo singular, lo propio de la esencia del ser argentino, pierde toda precisión específica. A lo sumo, podríamos decir que el hombre a la defensiva es una realidad española y argentina, un rasgo de común denominador identitario. Gálvez se acerca a esta concepción.

El hecho de que, en el mismo capitulillo de las "Notas de andar y de ver", se cifra y anticipa, en casi quince años, el meollo del artículo de los ensayos argentinos de Ortega, pero aplicados al hombre castellano, desbarata todo intento de definición de nuestra índole en las páginas bienintencionadas del español. Ortega se constituye en su principal argumentación en contra de sí.

Álvarez —el menos conocido de los críticos de peso de los ensayos de Ortega— cierra sus consideraciones con esta reflexión:

"El escollo para los viajeros está siempre en ese propósito de hallarnos exóticos, de que no saben librarse, en esa ilusión de que aquí van a encontrar un rarísimo y jamás descrito *homo argentinus*, cuyo descubrimiento está reservado exclusivamente para escritores europeos en tren de exploración".

Emilio Ángel Coni

Al mes siguiente de aparecido el contundente artículo de Juan Álvarez en *La Prensa*, la revista *Nosotros*, la misma donde Giusti publicara sus reflexiones, un colaborador dio a conocer un trabajo de Emilio Ángel Coni en el que modifica el título, y con ello revela su concepción, del famoso ensayo de Ortega: "El hombre a la ofensiva".²² La estructura de este ar-

²² Coni, Emilio Ángel. "El hombre a la ofensiva", en *Nosotros*, Buenos Aires, a. XXIV, v. 68, n° 251, abril de 1930, pp. 46-56. Coni (1886-1943), ingeniero, historiador, autor de una obra vasta sobre diversos aspectos económicos en el marco de la historia nacional.

título difiere de los otros sobre el tema, pues retrae una cadena de casos argentinos ilustrativos de nuestra índole. Veamos sus opiniones.

"Parece que el estudio dedicado por Ortega y Gasset a la psicología de los argentinos en el último número de *El Espectador*, no ha sido del agrado de la mayoría de mis compatriotas. He oído al respecto frases airadas y anuncios de venganza, que son desgraciadamente una nueva prueba de la poca firmeza de nuestra cultura.

"Aquello me dio ganas de leerlo y no he encontrado en él motivo alguno para indignarse" (p.46).

El hecho de que no halle razones para indignarse no supone, por supuesto, que esté de acuerdo con todas las apreciaciones de Ortega, como se verá. Lo primero que adelanta es la desmentida de la afirmación del filósofo: "No se ha ejecutado aún el más ligero intento de definir el alma argentina", afirma, ignorando sin duda lo que a ese respecto han escrito Sarmiento, Ingenieros o Bunge" (p. 46). En efecto, la afirmación de inexistencia de esfuerzo por definir el alma nacional está seriamente equivocada. A los nombres recordados por Coni, podemos sumar: Alberdi, José María Ramos Mejía, José Manuel Estrada, Lucas Ayarragaray, Manuel Gálvez y podría proseguir la nómina sin esfuerzo de acopio.

Una segunda observación ya había sido formulada con anterioridad: Ortega no conoció al pueblo argentino. "Los filósofos extranjeros que nos han visitado, no salieron del círculo de oyentes de sus conferencias y creyeron que, con tratar a éstos, ya conocían el pensar argentino. Están en esto profundamente equivocados. Ninguno de ellos se ha acercado al bajo pueblo de Buenos Aires o a su clase media, para conocer sus modalidades".

De allí que ante el diagnóstico orteguiano, cabe preguntarse ¿a quién comprende?: "¿A qué argentino se ha referido Ortega y Gasset? ¿al porteño? ¿al provinciano? ¿al de la ciudad o al del campo? Al del bajo pueblo o al de las clases cultas (...) Lo cierto es que hay en la psicología de los enunciados diferencias enormes que no permiten abarcarlos en una sola sentencia, como lo ha hecho Ortega. La diferencia que él mismo indica sea necesario hacer, entre la psicología masculina y la femenina, debió aplicarla a cada uno de estos tipos sociales". (p.47)

Ortega ha cedido ante la tentación de hablar uniformemente acerca del argentino, como si fuera una unidad identitaria única y, en se-

gundo lugar, como si la distinción neta de los tipos nacionales fuera posible y exacta. Se sabe que, aunque atractiva, es una cuestión de teorías enfrentadas. Digamos que Ortega no se planteó la viabilidad de hablar de estos "estereotipos" y "mitos" nacionales, generadores de teorías de aceptación tanto como de rechazo de su real existencia, y se dio a esbozar el perfil del argentino.

A diferencia de otros interlocutores en el debate con Ortega, Coni niega en la Argentina la existencia de un Estado omnipotente y poderoso. "Este sí que es yerro y de los más grandecitos" (p.48). En esta postura, el articulista está solo. "El Estado no infunde ni respeto ni temor y se le engaña o defrauda con desvergüenza sin igual. Si Ortega hubiera visto el Estado-Providencia, sí que habría acertado, pues la mitad por lo menos de los argentinos tienen el concepto de que el Estado debe ser una Sociedad de Beneficiencia" (p.48). No obstante la disensión marcada, pueden hallarse puntos y aun líneas enteras de relación donde el Estado omnipotente y el Estado providente se aproximan.

Ahora, el sentido del título invertido de Coni se explica por su concepción: "Es raro que el filósofo español nos haya caracterizado por la acción pasiva, descuidando la activa que es la ofensiva" (p. 49). Acto seguido pasa a ilustrar con "casos" esta condición aguerrida del argentino, según su percepción.

A propósito de la calificación de "áspera" que Ortega aplica a la ciudad de Buenos Aires, acentúa la inhospitalidad porteña su guaranguería, que avanza hasta: "Lo que caracteriza a la masa porteña de hoy es una absoluta falta de respeto por los derechos ajenos" (p.52). A partir de este punto, Coni divide las aguas: porteños y provincianos: "El criollo es mil veces más respetuoso de los derechos ajenos que el hijo del inmigrante (radicado en Buenos Aires) y es incapaz de la perversidad refinada de este último". Y avanza más en los distinguos: el criollo de origen hispánico colonial y el porteño de reciente origen inmigratorio: "El primero es muy semejante al español, es holgazán, desinteresado, hospitalario, despreocupado, franco y respetuoso de las jerarquías. El otro es su antítesis" (p.52).

Coni centra su preocupación y denuncia de la irreverencia y la búsqueda incontenible de bienestar material, en el origen inmigratorio. En esto, Ortega vio con lucidez, cuando dice: "esta exorbitación del apetito económico es característica e inevitable en todo pueblo nutrido

por el torrente inmigratorio". Es el único punto de coincidencia del crítico con los conceptos de pensador peninsular.

Manuel Gálvez

Otra voz autorizada en esta urdida trama de opiniones que ha constelado los ensayos orteguianos es la de Manuel Gálvez. El narrador argentino había destinado, hacía un lustro, un inteligente ensayo destinado a comentar el concepto de la novela en el español: "Ortega y la novela", publicado en *La Nación*.²³ Con motivo del batido tomo séptimo de *El Espectador*, Gálvez aproximó sus estimaciones en un largo trabajo: "Los argentinos según Ortega y Gasset", publicado también en el diario de Mitre.²⁴

Señalemos, inicialmente, que Gálvez descarta los ataques bajos contra el español. Y lo tranquiliza en cuanto a la actitud de los nacionales frente a sus opiniones:

"Su ensayo no ha indignado, como él supone, a los argentinos capaces de juzgarle: los únicos que debe tener en cuenta. Los ataques de que ha sido objeto carecen de valor; han aparecido en publicaciones que practican el periodismo 'sensacional', y que estimulan a sus colaboradores para todo aquello que avive el interés del público. El ensayo del escritor español era un plato excelente, y podía haberse adivinado que no lo dejarían pasar en silencio. De un tiro mataban tres pájaros: atacar a un escritor aristocrático, obtener patentes de buenos argentinos —ya que no precisamente de patriotas— y atraer sobre sí la atención, no sólo del lector modesto, sino de los altos círculos intelectuales y sociales.

"No todos los argentinos pueden juzgar las observaciones de Ortega y Gasset. Su punto de vista europeo, de la más elevada cultura eu-

²³ En *La Nación*, Buenos Aires, 7 de junio de 1925, sec. 3, p. 6.

²⁴ "Gálvez, Manuel. "Los argentinos según Ortega y Gasset", en *La Nación*, Buenos Aires, Revista semanal, 15 de junio de 1930, a. I, n° 50, pp. 14 y 37; 13 de julio de 1930, a. I, n° 54, pp. 5 y 36 y 17 de agosto de 1930, a. II, n° 59, p. 16. Fue recogido en: Gálvez, Manuel. *La Argentina en nuestros libros*, Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1935, pp. 107-149. Cito por esta obra.

ropea, reclama un conocimiento, siquiera superficial, de lo que es en los hechos actuales, no en la Historia, la cultura en Europa. Quien no haya pasado el Atlántico, por lo menos espiritualmente, no comprenderá a Ortega y Gasset. He hablado sobre su ensayo con numerosas personas cultas y puedo asegurar que casi nadie lo reprueba. Lejos de indignarnos debemos agradecer su benevolencia para con nosotros". (pp. 107-108). Y cita algunos de los juicios positivos de Ortega sobre nuestro país.

Lo primero que señala Gálvez es: "Pocas novedades contiene, a mi entender, el ensayo sobre los argentinos, de José Ortega y Gasset. En la tarea de definir al hombre de este país le han precedido otros escritores, españoles o argentinos. La repercusión del trabajo de Ortega y Gasset se explica por la general ignorancia respecto de sus antecesores; por la autoridad que da a todas sus palabras el prestigio del filósofo español; y por el arte con que se expresa" (p. 107). En efecto, ya lo observó Álvarez y lo sugirió Giusti: Ortega desconoce, o deja de mencionarlos a la hora de componer sus piezas, las opiniones previas de los ensayistas nuestros, a cuya lista, ya sugerida antes, se le suma la obra del propio Gálvez, con un libro impar: *El diario de Gabriel Quiroga*, publicado el año grande del Centenario de Mayo (1910). En esa ponderable bibliografía previa pudo hallar Ortega la precursión de muchos de sus puntos de vista. Pero, como lo señala Gálvez, muchos lectores descubren esas ópticas en Ortega, ignorantes de que ya estaban propuestas por los de casa.

Continúa Gálvez:

"Ortega y Gasset ha incurrido, antes de empezar su ensayo, en varios errores. No hay un tipo único de argentino, dice, coincidiendo con Coni. Yo señalaría por lo menos dos: el provinciano y el porteño. Si bien el provinciano va siendo influenciado (sic) cada día más por el espíritu materialista, cosmopolita y superficial de Buenos Aires, es indudable que, todavía, en él persisten algunas virtudes, siquiera sólo latentes, que le diferencian del porteño. Ortega ha hablado del porteño creyendo hablar del argentino. Tampoco me parece acertado excluir a las mujeres de la psicología que atribuye al hombre de este país. Todos nuestros defectos —desde la vanidad hasta la ausencia de vida interior— los encontraremos también en las mujeres. Y por fin, es evidente que

el escritor español sólo ha tenido ante el microscopio a una clase de argentinos: a los que actúan en el ambiente social o en el ambiente universitario. A los escritores, a pesar de ser sus colegas, me consta que no los conoce. Al hombre de las clases intermedias –tan argentino como aquellos otros– no lo ha tratado. Y al pueblo, creo que lo ignora casi en absoluto. Y no se diga que el conocimiento del pueblo carece de importancia en este caso, pues no sólo el pueblo es lo que más carácter tiene siempre, sino que, en este país, del pueblo proceden numerosas familias que ahora actúan en el gran mundo, así como importantes figuras de la política, de los negocios y de las actividades universitarias” (pp. 109-110).

Otra advertencia de Gálvez es que “Ortega, como casi todos los escritores y conferenciantes ilustres que nos visitaron, ha preferido recoger su información entre las bellas e inteligentes damas que se han dado por misión agasajar a los extranjeros eminentes en su paso por Buenos Aires” (p.110). Dicho grupo no constituye el mejor observatorio de la realidad honda de nuestro país porque “nuestras damas viven espiritualmente en Europa –¡en París!–, y las felices circunstancias de su existencia les han evitado las molestias de conocer, entre otras cosas, las provincias del interior, así como las opiniones y sentimientos que no sean los de la restringida clase a que pertenecen” (p. 110).²⁵

Gálvez sintetiza en una página y media lo esencial de los ensayos de Ortega.

“Buen número de estas ideas u observaciones son verdaderas –si no en todo, en parte–, pero el punto de arranque no es un hecho suficientemente general. El argentino medio no es precisamente reservado. Tal vez lo sea el hombre del interior; no el hombre del Litoral (...) Jamás se ha dicho que seamos reservados, ni siquiera con los extranjeros, y la prueba del error de Ortega y Gasset está en la fácil aclimata-

²⁵ Anota Gálvez, que dedicó varias páginas al diagnóstico “argentino” del alemán, esto: “Nada más sujeto a errores que el procedimiento del Conde de Keyserling para establecer la psicología de los pueblos de Europa. Observa a unos cuantos aristócratas e intelectuales, y eso le basta. Sin embargo, cuando decimos que el napolitano es gracioso, farsante y poco amigo del trabajo, no es porque lo hayamos deducido conversando con Benedetto Croce, sino con el cochero, el guía y otros tipos del pueblo”, p. 110, n.1.

ción, en esta tierra, de hombres de todas las naciones. Y no me refiero a la simple aclimatación animal o material del trabajador, sino a la adaptación espiritual de extranjeros distinguidos. La Argentina está llena de extranjeros distinguidos que ejercen actividades científicas o literarias o que ocupan altas situaciones en los negocios o en la sociedad, y muchos de los cuales se consideran argentinos y quieren de veras al país. ¿Habría ocurrido esta fácil asimilación si el hombre de esta tierra fuese tan reservado con el extraño? Es posible que exista una aparente indiferencia y reserva entre las escasísimas personas que poseen pretensiones aristocráticas” (pp.112-113).

Al respecto, Gálvez adelanta una opinión que no se registra en otros autores de la hora: “Existe entre nosotros, en cuanto a los hábitos sociales, una gran influencia británica” (p.114). “Conviene no olvidar que el argentino es naturalmente distinguido (...) También es exacto que la gente aquí, en los altos ambientes sociales, no muestra simpatía (...) Las maneras frías pueden ser también, y lo son, una defensa contra el guarango. Pero no hay duda de la existencia de esta frialdad” (p. 114).

No obstante este estiramiento y reserva de cierta clase, Gálvez entiende que: “Nuestro pueblo es entusiasta y fácilmente exaltable. Lo vemos en ciertos deportes, y, sobre todo, en las luchas políticas (...) Lo que pudo afirmar Ortega es que entre nosotros mismos –e igualmente en las relaciones con los extranjeros– hay grandes dificultades para el acercamiento, la amistad y la conversación” (...) Debe también recordarse que si el argentino conversa poco es porque, generalmente, no sabe conversar. Esto puede observarse, sobre todo, entre las mujeres. El diálogo apenas existe en este país” (pp.115-116).

“En resumen, puede afirmarse que el porteño –no precisamente el argentino– perteneciente a las clases altas, es un tanto frío en sus maneras y, si se quiere, algo reservado en sus sentimientos; pero no reservado en sus opiniones”. El pudor sentimental argentino es parejo al del español, señalado por Karl Vossler al hablar de los rasgos del hombre peninsular. “El profesor español apenas ha frecuentado otros círculos –aparte de un reducidísimo núcleo mundano– que los universitarios, y la Universidad de Buenos Aires, como nadie lo ignora, pasa por una grave crisis” (p.118). “Además, me parece que Ortega no ha retratado un argentino sino un pedante; y el pedante existe en todas las latitudes. Nosotros no tenemos el monopolio” (p.118).

Coincidiendo con Giusti, desplaza cierto grado de dificultad para la ruptura de la distancia, al propio Ortega.

"Lo curioso es que nosotros los argentinos hemos considerado siempre al gran escritor español como un hombre que se defiende. Aquí decimos que 'se cuida'. Ortega y Gasset no es una persona espontánea y una buena parte de su prestigio en Buenos Aires lo debe a la parquedad de su palabra y su reserva. Cuando su primer viaje, él significó aquí un tipo de español que no nos era muy conocido, ya que sus compatriotas no se distinguen por la avaricia verbal. En el sentido señalado, lo hemos visto siempre, pues, como él nos ve a nosotros. Aquí sospechamos que Ortega —como Disraeli, que a los quince años se propuso ser ministro de Inglaterra— ha de haberse jurado en sus mocedades, ser un maestro de la literatura y del pensamiento españoles y un director de juventudes. Porque toda su acción parece haber tendido a ese fin. Jamás se ha apartado él de la línea que lo llevaría a la cumbre. No le conocemos un movimiento espontáneo y generoso, de aquellos en que un escritor pone en peligro su prestigio. No le critico, ni mucho menos. Su magisterio y su influencia han sido excelentes. Y era necesario que él apareciera para que despertara entre los jóvenes, y aun entre hombres anteriores a su generación, el gusto por la filosofía. En estos países hispánicos no se alcanza el magisterio siendo persona democrática y plural. Es preciso 'cuidarse' mucho para llegar a conductor de hombres. En estos pueblos lo exterior tiene una importancia inmensa" (p.119).

Uno recuerda, entre nosotros, las actitudes señaladas por sus discípulos Alberdi y Gutiérrez en su maestro generacional Esteban Echeverría: cierta pose adoptada a su regreso de Europa.

"Y aquí llego a otra explicación del fenómeno observado por Ortega y Gasset. Su caso es, en buena parte, un caso personal. Ortega y Gasset es un permanente y terrible 'espectador'. Hombre de maneras frías y reservadas, pregunta y observa; y observa sin disimular que lo hace" (p. 120). De aquí provendría, tal vez, el replegamiento con que se muestran frente a él.

"Y observemos el error de Ortega —extraño en un psicólogo de pueblos— de oponernos a un solo tipo de europeo, pues el grado y la clase de intimidad son distintos en el español y el inglés, en el francés y en el noruego".

"Poco o nada habla Ortega y Gasset de nuestro pauperismo espi-

ritual (muy subrayado por Gálvez); y, en cambio, insiste en la audacia del argentino, que se siente con capacidad para todos los cargos. Sus observaciones a este respecto demuestran, aunque no lo diga, la mala impresión que le ha producido nuestro mundo universitario, con el cual ha estado en contacto. El tema de las cátedras mal ocupadas aparece en más de una ocasión" (p. 124).

"Todo esto, pues, y sin la agresiva exageración del profesor español, es verdad; pero en muy distintos grados" (p.125). Gálvez, apoyado en algunas opiniones de Ortega hace pie para desarrollar aspectos interpretativos propios sobre nuestra realidad. Acepta que gran parte del estado de cosas se deba al apetito material del "hombre de aluvión", que Ortega contrapone al "hombre histórico". "No absolvería al 'hombre histórico', ya que el criollo o su descendiente es, a veces, tan audaz, tan incompetente y tan materialista como el hombre de aluvión o su prole" (p.131).

"¿Y ese narcisismo que nos achaca? No, en este punto, Ortega no tiene razón. Habrá algún narcisismo entre los argentinos de las clases elevadas, entre los felices desocupados que pasan su vida entre Buenos Aires y París. Pero el argentino medio, el que trabaja, no vive extasiado en su persona. Si así fuese, este país nada produciría. Ortega viene a decir que el hombre de estas tierras no vive, por contemplarse en la imagen ideal que de sí mismo se ha formado. Pero no es cierto. El argentino vive, aspira y produce. No vive en lo espiritual, ni aspira a lo que debiera aspirar. Pero produce más que cualquier otro hispanoamericano y, en cierto sentido, más que el español aunque nuestra Constitución no diga que somos un pueblo de trabajadores... Esto se puede probar con estadísticas" (p. 144).

Finalmente se ocupa del guarango y de su especie. "Esta es la única parte del ensayo que pudo ocasionar protestas agresivas" (p. 145). Gálvez acepta el concepto de guarango social que maneja Ortega y distingue la guaranguería de la cursilería: ésta es verbal e inofensiva, no de modales ni de actitudes. Pero advierte:

"Pero el guarango es la excepción. Tan poco frecuente es el guarango como el hombre distinguido; menos aún, quizá. El hecho de que el guarango sea señalado con el dedo, indica que no abunda. ¿Cómo, entonces, podrían ocultarse en el guaranguismo, desviados, los mejores resortes del alma argentina? Para que esto fuese verdad sería ne-

cesario que las selecciones argentinas estuviesen afectadas de guaranguería" (p.146).

"Para resumir, creo que Ortega y Gasset ha realizado un trabajo abundante en excelencia y, para nosotros, muy útil. Pero hubiese sido mejor el resultado si el autor no hubiese tenido una preocupación sistemática. Ortega y Gasset, lo mismo que Keyserling y que casi todos los pensadores alemanes, no se conforman con exponer sencilla y modestamente sus observaciones. Necesitan de una teoría, de algo que se parezca a un sistema. Cuando estudian a un pueblo, quieren magnificar su trabajo mediante una idea general que reúna a las distintas anotaciones, que sea como una idea vertebral del ensayo y su eje y camino real. En nuestro caso, Ortega ha incurrido en un error inicial. Ha querido partir de lo que llama el empaque y reserva de los argentinos y de su dificultad para dialogar confidencialmente con el extranjero. Y ha querido hacer converger a esta observación todas las demás, de manera que, explicada ella, quedaran explicados los argentinos. Pero el error del punto de partida ha afectado a todo su ensayo. Además, es preciso establecer que algunos de los defectos observados por Ortega y Gasset, son universales, productos de esta época" (pp. 147-148).

"Le debemos agradecimiento. Otros visitantes nos han abrumado de elogios en reportajes y aun en artículos, mientras entre amigos, de vuelta en Europa, se burlaban de nosotros. Algunos ni siquiera esperaron el regreso para contradecirse. Ortega es no solamente el que más se ha empeñado en comprender al hombre de este país, sino que lo ha hecho con espíritu científico, o, si se quiere, filosófico, tratando de llegar a la verdad, a la relativa verdad que en estas cosas se alcanza. Él mismo, con rara sinceridad, nos ha prevenido contra sus posibles errores, que siempre serían una contribución importante –la más importante, a mi juicio, que nos ha venido de fuera– al conocimiento del argentino. Ortega y Gasset puede haberse equivocado en tal o cual punto, pero él nos ha hecho el raro y útil obsequio de su verdad" (pp. 120-121).

Ezequiel Martínez Estrada

Cierro el concierto de voces sobre los ensayos argentinos de Ortega con la tonante y disconforme de Ezequiel Martínez Estrada. Se trata de un

artículo, publicado en 1931, en una revista que dirigía junto a Enrique Espinoza, titulado: "El guaranguismo de Ortega y Gasset".²⁶ Por el título sabemos que el eje de su consideración girará en torno al tipo sociocultural tan manido del guarango.

Lo básico de las reflexiones orteguianas arrancan, dice Martínez Estrada, de su percepción de la Pampa, que se le presentó como metáfora adensada de sentido. "Este eximio escritor es, ante todo, un primoroso artista, brillante en el adjetivo, rotundo en la metáfora. En ocasiones se propone estudiar un tema, pero de pronto le sale al paso una metáfora de ricas resonancias y entonces se pone a perseguirla, hasta que la atrapa y le hace la autopsia. Desde este instante todo el tema gira en torno de la presa. Esta vez le salió de junto al pie, andando, la Pampa y allí quiso ver refractado al hombre platense. Dos páginas magníficas sobre lo que suscita en el ánimo de un hombre de las grandes metrópolis la llanura, es motivo más que suficiente para una doctrina" (p. 91-92).

Desde el vamos, los comentarios están cargados de ironía respecto del procedimiento de base del cual arranca la reflexión. Lo que sugiere es que no hay rigor intelectual en los señalamientos del autor, sino libre vuelo lírico –por no decir, arbitrario–, que gira en torno a una imagen, plenificándola de acepciones sin sustento en la realidad.

A partir de esta observación, el argentino plantea sus muchas reservas respecto del condicionamiento del medio geográfico sobre la índole espiritual del hombre, condicionamiento aquí objetado que, no obstante, hará campear él mismo, dos años más tarde, en su *Radiografía de la Pampa*, obra magna que se basa, una vez más, en la ensayística argentina, en el simplismo reduccionista del país a uno de sus espacios. Resulta confrontado consigo mismo cuando escribe: "Es irrisorio explicar a un pueblo por el paisaje de una de sus inmensas regiones" (p.92).

"La influencia del medio sobre los individuos, en la dosis en que ello realmente acontece, es un proceso lento, a tempo geológico. Nosotros somos un pueblo apenas llegado a la Pampa y es muy posible que

²⁶ Martínez Estrada, Ezequiel. "El guaranguismo de Ortega y Gasset", recogido en el volumen colector de trabajos dispersos del autor, *Leer y escribir*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1969, pp.91-96.

las observaciones que Ortega haya hecho estén basadas en su contacto con gentes que no han sufrido en su espíritu la influencia de las vastas llanuras y que acaso han pasado la mayor parte de su vida en el extranjero" (p.93).

Coincide así con Giusti y con Gálvez; respecto de las personas en cuya observación pudo apoyarse Ortega para sus inducciones no eran, precisamente, "pampeanas".

Coincidirá con Juan Álvarez, particularmente, y con los otros ensayistas precedentes, en que Ortega atribuye a lo argentino defectos del género humano, o, al menos, de muchos otros pueblos: "En particular no nos ha visto bien, aunque acierte cuando nos atribuye defectos y virtudes que nos son comunes con todos los pueblos del orbe, 'viejos' y 'nuevos'. Hay defectos como enfermedades específicas del hombre (...) Cuando Ortega habla de nuestras modalidades, ante todo se ve que pertenece a nuestra misma raza y que, por tanto, ya nos conocemos desde antes; reflexiona con toda su experiencia y con toda su cultura, y acierta. Mas a la vez está acertando en otros veinte países. Basta cambiar los nombres locales para que esas verdades se magnifiquen. Lo cual prueba, en resumen, el valor universal de sus asertos" (p.93).

"Hasta ahora hemos tenido la desgracia de que todo hombre eminente que nos ha visitado dos veces, se ha creído en la obligación de decirnos en qué nos parecemos y diferenciamos de los demás, cómo somos y qué llegaremos a ser. Les alargamos la mano para recibirlos y ellos nos la toman, la examinan y nos dicen la buena ventura" (p, 93). Se ve en estas palabras la lectura de "Quiromancia de la Pampa" (1929) de su amiga Victoria Ocampo.

Ortega, nos dice Martínez Estrada, es un artista de la meditación: "Meditando se puede alcanzar la noción de Dios, en su absoluta pureza, pero no explorar las selvas del Chaco" (p. 94).

"Su mayor desacierto está en la acepción que da a la palabra 'guarango'. Ante todo, es un error antipático suponer que el guarango, el guaranguismo, sean modalidades genuinas, étnicas, de acá. Sólo el vocablo es de estas tierras. A los argentinos sólo nos pertenece el hallazgo de la palabra. Hemos encontrado 'guarango' (y también 'tilingo') para calificar una variedad muy difundida del hombre, ciudadano de todas las urbes. Término, para usar sus palabras, 'indócil a toda versión'. Pero el guarango y el tilingo no son nuestros, aunque él crea que

'en el guaranguismo se ocultan desviados los resortes mejores del alma argentina'. Son de aquende y de allende" (p. 94). Después de declarar, con verdad, "no sabe a qué llamaos guarango", se lanza a una reflexión sobre la especie, que anticipa las páginas que le destinará al tipo en *Radiografía de la pampa*.

El final es francamente agresivo: "Otra forma de guaranguismo es, naturalmente, escribir una meditación contumeliosa sobre algo que se ignora; o un artículo irreverente para comentarla. Pero en un argentino, esto es de raza" (...) "Esperemos. Ortega nos promete volver a meditar en una posible 'Meditación de los guarangos'. Para eso creo que no será indispensable que el filósofo salga de Madrid, como que para meditar no es indispensable salir de sí mismo" (p.96).

Resumen y conclusiones

Me he ceñido en esta exposición a un aspecto bien delimitado de la recepción de Ortega en la Argentina: las reacciones generadas en nuestros intelectuales más destacados por las declaraciones del filósofo sobre los rasgos caracterizadores del *homo argentinus*. Debe recordarse que me he atenido a cinco criterios, prolijamente enunciados, en la consideración de esta cuestión y en la selección de las voces del contracanto.

Los textos de base o disparadores son tres: "Conferencia" (1916), que he contrastado con la "Réplica" (1917) de Joaquín Castellanos, la más significativa y completa de las respuestas, y, en un segundo momento, "La Pampa...promesas" y "El hombre a la defensiva" (1929), sobre los que consigno y comento las opiniones de Victoria Ocampo, Roberto Giusti, Juan Álvarez, Emilio Coni, Manuel Gálvez y Ezequiel Martínez Estrada.

Por supuesto, estas reacciones, con sus adhesiones y rechazos, deben enmarcarse en la constelación o red, compleja, rica y arborescente, que supone la recepción orteguiana en la Argentina, considerada desde 1916 a nuestros días, en la que se enmarca esta pequeña provincia de la que me ocupo. A manera de síntesis y conclusiones enumero las principales:

- 1) Con la excepción de Álvarez y Martínez Estrada –las dos voces fuertes y algo hispidas–, el resto de los escritores que opinan, agradecen el servicio prestado por Ortega al reflexionar sobre nuestra realidad, pues trae claridad a las consideraciones y, con sólo proponer una cuestión, individualiza un problema, un punto crítico por considerar. Aun cuando no se coincida con él, es valioso el aporte, según su propia frase: “La verdad del viajero es su error”.
- 2) La idea del poder imperativo de un Estado omnipresente es la tesis de mayor aceptación, en sus días y a lo largo de los años, por parte de todos los intelectuales que han escrito sobre ello, excepto Emilio A. Coni.
- 3) La excesiva preocupación económica –señalada ya en 1916– es aceptada por todos y explicada, como el mismo Ortega lo insinúa, por el carácter inmigratorio de la población. Algunos lo atenúan señalándola como dominante en la capital federal y menos observable en el país interior.
- 4) Frente al señalamiento del desequilibrio dado en los argentinos entre sensibilidad exquisita y escasa producción artística y filosófica, reaccionan negativamente Castellanos, –explicativamente, porque somos de ayer– Giusti y coincidentemente Gálvez.
- 5) La necesidad de cambio de una Universidad practicista y positivista por otro modelo, tuvo negativa en Castellanos; aceptación en Gálvez y atenuaciones en Giusti.
- 6) Todos coinciden en que el ingrediente personal de la modalidad del propio Ortega, observador, espectador sin disimulos y distante de las cosas y personas, es la base que lo lleva a invertir la explicación y entender que la gente es reservada y distante en general y para con él. Ya en 1916, Castellanos apuntó el planteo sintéticamente: “Nos dimos a él pero él no se dio a nosotros”.
- 7) Los críticos señalan, coincidiendo en ello, varias tendencias en el estilo y procedimiento reflexivo de Ortega, por así decir, que lo llevan a desajustarse respecto de la realidad argentina que considera.

7.1. Una **nacionalización** o sindicación como caracteres nacionales argentinos de los que son rasgos generales y comunes de diferentes culturas y no patrimonio peculiar de nuestros hombres.

a) La condición de descontento de **la mujer** argentina es denunciada por Castellanos como común a toda la mujer contemporánea europea y americana.

b) El **guarango** es un tipo que, con diversos nombres, se registra en distintos pueblos.

c) El **hombre a la defensiva** es igualmente una actitud generalizada en la cultura contemporánea.

7.2 La inversa de lo anterior, una **generalización** abusiva, a nivel nacional, a partir de casos particulares o regionales. Dicha tendencia tiene que ver con una proclividad en Ortega al “espíritu de sistema”. Sobre poca base empírica induce conclusiones demasiado amplias.

7.3 La dicha generalización le hace perder de vista dos contextos vitales: el epocal y el personal que hacen de la esperanza en un futuro promisorio necesaria razón de subsistencia, o función vital de pervivencia, digamos, para superar las circunstancias históricas e individuales de la edad en la sociedad y en las personas.

7.4 Esta tendencia se facilita en él por cierta proclividad “lírico imaginativa” que hace de una imagen o una metáfora base para sus elucubraciones, lo que no asegura rigor en el proceso disquisitivo ni en las conclusiones, sino más bien estimaciones intimistas. Por eso, recuerda Giusti, a la sección donde aparecen los dos “ensayos argentinos” la llamó con justeza “Intimidades”.

7.5 Ortega se sumó a una actitud estimativa reductiva del todo por la parte: la Pampa como la Argentina, que ya era una tradición simplificadora y arbitraria en la ensayística argentina previa a él, desde Sarmiento.

7.6 Su descripción es, en todo caso, del hombre porteño, no del argentino. Así, la tendencia al *fantasticare* o “divagación” es señalada por los ensayistas como peculiar del capitalino y no del hombre de campo, precisamente. O bien, el sujeto que describe en su perfil corresponde al de ambiente universitario, no de otros espacios argentinos.

7.7 La concepción abusiva del condicionamiento geográfico de una región nacional por sobre las restantes, como única plasmadora de los rasgos espirituales del argentino, aplicado a un solo aspecto que es el pampeano, que alcanza a menos de una quinta

parte de la población. La selva, la montaña, las cuchillas, las sierras, la meseta patagónicas ocupan espacio nacional mucho mayor que la Pampa. Además, las ciudades quedan al margen de la perspectiva pampeana.

7.8 La falta de especificidad de los rasgos y conclusiones obtenidos a partir de un paisaje concreto, p. ej. la Pampa. Álvarez demuestra que Ortega hace las mismas consideraciones de inferencia para el hombre de la meseta castellana, en "Notas de andar y de ver" (1915) y el hombre de la Pampa (1929), el hombre que vive de horizonte en medio de su ensoñación y el hombre a la defensiva lo descubre en Castilla y en la Pampa.

- 8) El filósofo español se da a una aceptación indiscutida de los *tipos nacionales*, cuando el terreno está, como se sabe, seriamente disputado por teorías contrapuestas. En nuestro caso, el "tipo argentino" es señalado como inexistente por varios intérpretes, que hablan del tipo porteño, del provinciano, regional, etc.
- 9) Ortega mostró un desconocimiento de las interpretaciones e indagaciones de la índole nacional argentina previas a él. Con error, afirmó que "no se ha ejecutado aún el más ligero intento de describir el alma argentina". Esto supone dejar en el olvido a un número vasto de ensayistas y analistas de lo argentino: Sarmiento, Alberdi, José María Ramos Mejía, José Ingenieros, Rodolfo Rivarola, José Manuel Estrada, Lucas Ayarragaray, Manuel Gálvez, y tantos más.
- 10) Los críticos han negado en bloque la supuesta condición del "narcisismo" del argentino.
- 11) El vivir esperanzado en el futuro es rasgo, dicen unos, de todos los argentinos; es del porteño, dicen otros.
- 12) Son más las diferencias de opinión que las coincidencias de nuestros intelectuales con Ortega, en el terreno de la discusión concreta de los rasgos de la psicología argentina.
- 13) Es mayor el número de nuestros intelectuales agradecidos para con Ortega, más allá de si coinciden o no con él en sus apreciaciones.
- 14) No obstante las discrepancias, algunas muy fundadas y convincentes, perdurarán en el tiempo cultural argentino las estimaciones de Ortega como motivo renovado de discusión sobre nuestra propia identidad cultural.

